

CENIT

— sociología —
— ciencia — literatura



9 Sumario

Plácido Brave: Hoja por hoja.

Alice Lardé de Venturino: La transformación electrónica también explicaría otros fenómenos humanos de vital importancia.

Juan Lazarte: La guerra y sus causas.

V. Muñoz (selección): Poetas, filósofos, científicos opinan...

Eugen Relgis: Dos civilizaciones.

R. García: Jack London.

R. G.: Opresión y revolución.

Han Ryner: El niño listado.

Denis: El viejecillo.

Microcultura.

Campio Carpio: Poesía del destierro (folletón encuadernable).

132

DICIEMBRE - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Nuestra portada

Es ella la reproducción del cuadro de un gran pintor americano, Henry Peters Gray. La belleza de la figura femenina, contrasta violentamente con el aparato terrible y sombrío del águila, símbolo de violencia y de muerte.

Titúlase el cuadro «The Birth of Our Flag» y en él Gray, uno de los grandes pintores del siglo XIX en Norteamérica, sigue las huellas de los que eran entonces maestros reconocidos de la pintura francesa y mundial.

El joven arte americano engarzaba en la mejor tradición pictórica de la época, dando a esta alegoría su valor de arte y de símbolo.

Todos los detalles de este desnudo son deliciosos de pudor y de gracia, evocando la vida, la belleza, la salud, con fuerza y sensibilidad.

El águila es otro milagro de expresión y de energía. La ferocidad de la mirada, la majestad dominadora de las alas extendidas, evocan imágenes trágicas y grandiosas. Y el fondo de nubes y de rocas, crea el clima romántico, de acuerdo con el gusto de aquellos días.

Hemos querido brindar a los lectores de CENIT esta reproducción, por estimarla digna de figurar en la colección de nuestra Revista.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmañ Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamoret, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CÉNIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Diciembre 1961

Nº 132

Hoja por hoja

CADA vez que algún amigo, con plausibles y aun loables propósitos, trata de enmendar la plana de algún teórico ácrata considerado como clásico, iluminando textos oscuros, aclarando teorías — señalando juicios arcaicos, transfigurados en prejuicios al adoptarlos los hombres de hoy; o, simplemente, si guiado por noble y empeñado afán, intenta señalar equívocos tácticos del anarquismo militante, indica errores históricamente considerados, presentando enmiendas y soluciones originales, a fuer de atrevidas o apriorísticas; entonces, infalible e intempestivamente surgen las jaurias de adversarios de toda laya entonando sendos hossanas. Y bajos, no vacilan en sembrar cizañas, exacerbar pasiones, despertar egocentrismos, en fin, en crear climas propicios a la discordia y al cisma.

Pues bien, pese a esta nefasta coincidencia, soy del parecer que no podemos renunciar, ni siquiera

temporalmente, al laudable y saludable ejercicio que es la crítica, tanto de lo extraño cuanto de lo propio.

Entre nosotros, y pocos podrían decir otro tanto, no caben exclusivismos ni veneraciones, pues que no hay ortodoxias que respetar ni jerarquías que temer, y sin dogmas rígidos ni patriarcas todopoderosos bien podemos permitirnos razonar y articular cuanto nos venga en gana sin incurrir en herejía ni temer el excomulgo.

Ahora bien, habida cuenta de ciertos precedentes y de la acritud empleada por ciertos críticos, la ponderación y la serenidad se imponen. No como medidas restrictivas. No se pueden excluir siquiera la vehemencia o la ironía propia de cada temperamento, pero debe condenarse el abrupto o la capciosidad de todo lenguaje. Y no por temor de dar al lobo carne de nuestras enjutas nalgas. Pero si las barbas, repito, no implican reverencias mínimas, hay canas que merecen sumo respeto.

De la luz, la claridad y la enmienda, siempre he sido partidario acérrimo. Pero en ocasiones resulta que las velas y las hachas encendidas deslumbran el autor y dejan a los demás en las tinieblas. Que las oscuridades que pretendemos aclarar suelen ser sombras que siguen lógicamente a todo cuerpo, y entonces, so pretexto de eludirlos, sepultamos al cuerpo quedándonos a dos velas. En fin, y esto por supuesto, no vayamos a enmendar entuertos que se nos antojan propicios, cuando a lo sumo son efectos de retorcidos derechos ajenos.

Ejemplo, ciertos dilemas que nos proponen, sin ponerse como tales. Puesto en un brete: escoger entre lo malo y lo peor, no os extrañe que el anarquista positivista se salga por la tangente, o se suba por los cerros del Himalaya, entre perspicativo e indignado.

Cuando Nerón condenó a su maestro Séneca a la última pena, dejóle la puerta abierta de un simulado honor, mediante el suicidio. Más tarde, los cristianos y bolcheviques han perfeccionado tan honroso invite. Pues bien, en vez de la sumisión del filósofo cordobés ante dilema tan estúpido, no os extrañe que un anarquista de temple hubiese respondido al emperador en regida.

Especulando excesivamente se está cuando se cita la fórmula totalitaria del «todo o nada» como panacea atribuible al anarquismo.

La realidad es bien distinta.

Entre el tradicionalista, conservador a ultranza, que con el afán de conservarlo todo acaba por dejar escapar cuanto de valioso podía retener; y el pseudo revolucionario bolchevique que con idéntico deseo aunque parezca inverso, acaba por echarlo todo a perder, nos hallamos los anarquistas. Los que partiendo de algo positivo, que valga, queremos llegar a más y mejor, y no llegar a menos y acabar peor, como les viene sucediendo a ciertos liberaloides o socialdemócratas que, sin escrúpulos de nada se avienen a todo.

Yo no sé si habré definido algo para los demás, aunque para mí está muy claro.

Plácido BRAVO

La transformación electrónica también explicaría

EL maravilloso intercambio electrónico de un cuerpo al otro, también explicaría el hecho del por qué el hombre y la mujer no pueden olvidar a las personas con las cuales tuvieron relaciones íntimas, puesto que su ser entero quedó saturado de los elementos vitales de aquéllas, que confundidos con los propios, proseguirán «vivos», «enraizados», en parte, en sus individuales tejidos celulares orgánicos. Aunque un gran porcentaje de los mismos haya logrado salir al exterior, siempre quedará una suma de ellos mezclados entre la propia savia de su ser.

Así, el hombre, en el momento de la posesión, expelle con poderosa intensidad sus fluidos eléctrico vitales y demás sustancias orgánicas suyas. El cuerpo de la mujer, como un receptáculo asombrosamente preparado para ello, los absorbe no sólo por medio de sus órganos sexuales sino también por los ojos, la boca, fosas nasales, oídos, cabellos, etc., lo mismo que por todos sus poros al grado de que aquellos torrentes de partículas eléctricas vivientes varoniles en movimiento, penetran avasallantes dentro del organismo femenino, incorporándose de inmediato a los propios elementos que constituyen a ésta.

Dichos fluidos exhalados por el organismo entero del varón y del de la mujer que se aman intensamente o se tienen más o menos cariño, mezclarse, intercambiándose entre sí y saturando a ambos de especiales olores y energías extrañas que revelan más adelante.

Estas manifiéstanse después de satisfechos tales desahogos corporales, por una sana tranquilidad espiritual y capacidad y entusiasmo para realizar cualquier trabajo por arduo que sea. Ya está bastante comprobado de que cuando por una u otra causa no se pueden desahogar, mediante las funciones de la especie, los elementos perturbadores corporales, los seres tórnense irascibles y no pueden concentrar el pensamiento para efectuar sus labores intelectuales. Por el contrario, el pleno desfogue de aquellos suprime las riñas entre los cónyuges, vuélvelos amorosos o tolerantes, aunque sea temporalmente, ya que ello los dota de profunda tranquilidad física y espiritual y la mente queda despejada y serena, permitiéndole su funcionamiento normal.

En lo que se refiere directamente a la mujer, como dijimos antes, por ser ésta el vaso receptor de las saludables sustancias varoniles derramadas en ella en cantidades superiores, tendría la posibilidad de que en sus propios tejidos celulares injertáranse con dominante imposición los aludidos materiales humanos.

Y pensamos que el tal injerto produciríase de la siguiente manera: los torrentes de partículas eléctricas dotadas de velocidad inmensa, expelidas por ambos cuerpos en ascendente recalentamiento, serían en principio los de la Electricidad Errátil

demasiado superestancada en los mismos. Pero una vez penetraran los dichos corpúsculos del hombre, por ejemplo, en el organismo de la mujer, produciríase, a causa de la violenta intromisión de los mismos, algo así como un «bombardeo» atómico. Los átomos de tal modo «bombardeados» sufrirían en forma particular, su parcial desmembración. Es decir, perderían uno, dos o más electrones. Ello vendría a provocar su transformación, cambiándose por otros átomos de diferente cualidad y capacidad. De ahí que convertiríanse, en un momento dado, en gases, olores, sudores, sustancias secresivas de diferentes índoles, etc., observados en los culminantes momentos de amorosidades espíritu-carnales. En dicha ocasión los electrones varoniles entrometidos, serían captados por los núcleos atómicos más poderosos y que se hubiesen visto desposeídos de los suyos, entronizándose en ellos. Algunas de las nombradas partículas andarían locas, de aquí para allá, hasta encontrar su verdadero acomodo. El injerto quedaría de inmediato producido, continuando su proceso de transformación en el organismo femenino, que por tal causa sufriría también en forma integral, mutaciones transcendentales psíquicas y orgánicas.

Así, pues, la Electricidad y sus derivados segregados por el hombre con doble intensidad y cantidad en los instantes de la copulación, volvemos a repetirlo, impregnarían dotando de elementos nuevos al organismo femenino. Estos, combinaríanse con los de la mujer, es decir, entrarían en la composición de sus propias células, manteniéndose, en forma persistente, en su propia constitución.

Basándonos en tales inducciones, podríamos deducir asimismo y explicarnos el por qué los niños heredan del padre cualidades y defectos, aunque no vuelva a tener éste ninguna otra ingerencia en la gestación, desarrollo y crianza de su descendiente. Además de entrar en juego el espermatozoo y el óvulo que no serían más que millares de particulillas negativas y positivas armoniosamente combinadas en átomo y moléculas de diversos tipos y propiedades entre los cuales encontraríanse los corpúsculos representativos de cada uno de los respectivos órganos que han de constituir al nuevo ser en gestación, la futura madre contaría también con las vigorosas irradiaciones eléctrico-corpúsculares corporales que le transfundió el varón en su total organismo en el instante de la posesión.

¡Es de ahí, que por el idéntico fenómeno de inducción, es decir, de la transfusión e incorporación de los sutiles materiales eléctrico-masculinos de que hablamos, en el cuerpo femenino, que también podríamos aclarar el hecho, aún más asombroso, del por qué el hijo de un segundo esposo, a veces hereda algunas de las características físicas o morales del cónyuge anterior!

Lógico es, de que si la mujer quedó saturada con los productos orgánicos de su primer compañero, sufre la combinación de éstos con las subs-

otros fenómenos humanos de vital importancia

tancias que la constituyen y han pasado a ser un acervo común del organismo suyo, no pudiendo desligarse ipso facto de aquéllos, al hacer vida conyugal con otro hombre y quedar por él encinta, el fruto de ambos sea, **indirectamente**, el resultado de una mezcla de las substancias vitales de tres individuos: de la madre, del primer consorte y del padre legal del niño. Y ello sucedería así, por cuanto la mujer permanecería **infectada**, podría decirse, con los materiales eléctrico-vitales del esposo anterior y no podrá librarse de éstos fácilmente. Para que pudiera efectuarse el proceso de «liberación» o «limpia» de aquellos elementos incorporados a sus propios tejidos orgánicos, necesitaría que el cuerpo suyo sufriera, integralmente y en forma absoluta, la vigorosa «inundación» de flúidos varoniles nuevos. De esta forma, poco a poco iríanse eliminando, con la renovación electrónica sistemática de que hablamos, aquellos agentes de gravitación que resultarían desplazados y expulsados por las avalanchas posteriores de los flamantes corpúsculos varoniles del nuevo marido, especialmente si ella le ama de verdad y son ambos de baterías complementarias.

Sin embargo, este proceso de «infección» orgánica, duraría en la mujer mucho tiempo, hasta que paulatinamente, como acabamos de expresar, con la renovación de sus células y consiguiente eliminación de substancias masculinas primeras, fueran desapareciendo en su totalidad las huellas orgánico-vitales impregnadas y su pertinaz influjo. Es de allí que constátase que una mujer, aunque esté separada de un hombre con el cual ha hecho vida marital durante varios años y aunque ya no le ame, siempre sigue sintiéndose atraída por él en más o menos grados. Ese también es el quid del por qué las viudas y viudos viven recordando y suspirando por sus respectivos consortes, aunque hayan contraído segundas nupcias. Por lo que hemos podido observar respecto a la forma violenta en que el hombre se enamora de la mujer amada, a la que muchas veces no puede hacer suya o tiene la dicha de lograrlo, es más que probable que él también sufra la efectiva saturación de los flúidos eléctricos femeninos. Los electrones en fuga traspásanse de uno al otro cuerpo y, como es natural, el varón no podrá librarse de esta regla. Mientras los dos copartícipes permanezcan fusionados en la vida común mediante el acto biológico, tendrán que transmitirse recíprocamente con doble intensidad sus respectivos corpúsculos electromagnéticos en huida. De ahí la mutua influencia de dos seres que se aman o tienen efectivos contactos carnales. El hombre «satura» con sus productos a la compañera suya y viceversa; sobre todo, cuando ambos sienten similares y profundas atracciones bio-psicológicas que propician el integral desahogo de sus organismos. A ello deberíase el hecho de que tanto el hombre como la mujer

después de convivir largo tiempo manifiestan intercambiadas cualidades y defectos que mutuamente se han ido transmitiendo.

Tan debe ser así el intercambio que en muchos casos, —según informaciones de los propios afectados que son personas de reconocida seriedad— se ha visto que cuando la mujer encuéntrase en **alteración** corporal debido al embarazo, el causante de eso, es decir, el hombre, padece nerviosidades y por ello también sufre dolores en las caderas, mulas, cabeza, mareos y a veces se llena la cara conjuntamente con la de aquélla, de **paños**, esas manchas color café claro u oscuro que son la desesperación de muchas de las futuras madres. las angustias y sufrimientos de la mujer amada se reflejarán con violencia en la psiquis del varón.

Otra comprobación somamente evidente e infalible, respecto de la transmisión de partículas eléctrico-vitales individuales de un cuerpo al otro, la tenemos en los ancianos que tiene relaciones maritales con jovencitas. **En tanto ellos rejuvenecen y llénanse de vida extraordinaria y de pujantes energías, éstas van languideciendo; avejentándose en forma rápida y contundente.** No comprenden unos ni otras, la clave del enigma. Sin embargo, nosotras creemos que son los flúidos eléctrico-vitales intercambiados entre ambos, en sucesivos torrentes de partículas negativas y positivas animadas de velocidad inmensa, escapadas de sus respectivos organismos en recalentamiento durante los contactos y desahogos íntimos, los que operan tan asombrosos milagros, hasta ahora inexplicables.

Los hombres de larga edad y los ancianos, al recibir en sus organismos las permanentes transfusiones de elementos vitales femeninos, **que les renueva sus ya gastadas células y transfúndeles materiales nuevos, henchidos de energías pujantes, llénanse de vigorosas fuerzas primaverales, mientras que las muchachas o niñas son saturadas por entero con elementos orgánicos seniles o desvitalizados. Dichas substancias varoniles acopladas en sus propios tejidos corporales, necesariamente han de contaminarlas, acarreándoles —como se ha comprobado— por reemplazo tremendo de sus pujantes energías en plena floración, por otras desgastadas y débiles, la prematura y dolorosa vejez.**

Esta transfusión de radiaciones eléctricas constituidas de partículas en fuga hacia todos los rumbos, de un cuerpo al otro, de que hablamos, también explicaría la transmisión del pensamiento y del «mal de ojos»; los contagios colectivos o individuales de numerosas enfermedades reales o reflejas, lo mismo que los de orden psíquico y moral como el dolor, la risa, el heroísmo, la alegría, la indignación, la cólera, el bostezo, la fiebre histérica de ciertos bailes, los actos de coraje, pesimismo, belicosidad, crímenes o suicidios colectivos. Las ondas eléctricas individuales contagiantes en desplazamiento y movimiento sucesivo, saldrían

de un cuerpo para transmitirse en otro y de éste al subsiguiente que a su vez haría lo similar con los vecinos, en una cadena sin fin de acciones, reacciones e interacciones entre los mismos.

También en dicho fenómeno transfusivo intercorporal, tendríamos la explicación del por qué de la influencia nefasta que sufren algunos médicos y enfermeras de las casas de orates o familiares de éstos, que debido al contacto diario con los mismos padecen a la larga, por transfusión de elementos electro-vitales cerebrales desequilibrados de especiales enfermos, efectivos trastornos mentales. Estos hechos están rigurosamente comprobados y al respecto creemos, que con el objeto de evitar tan tremendos daños, sería conveniente escoger par la atención de los dementes, a personas que no experimenten en sí el pertinaz y avasallador influjo de los flúidos eléctrico-vitales encefálicos y corporales que irradian en forma vigorosa determinados seres, en especial los locos.

Conociendo ya la poderosa influencia y atracción psíquico-orgánica que en grados ascendentes o lo contrario, ejercen con sus respectivos campos magnéticos y las partículas eléctricas que viven expeliendo en radiaciones continuas los seres humanos, unos con relación a los otros, debería estudiarse quién es el más apto para atender a éste o al otro enfermo sin sufrir sus perniciosos influjos. Es decir, habría que seleccionar científicamente al parsonal, para evitarles daños a los mismos.

Ahora bien; en la imposibilidad de dar a conocer en forma detallada, en una simple síntesis, otros muchísimos aspectos interesantísimos relacionados con la Electricidad en los fenómenos psíquico-orgánicos de que tratamos, terminaremos exponiendo de que todos los estudios respectivos de los fenómenos cosmológicos, biológicos y psíquicos, que también engloban en los primeros, tendrán que basarse, en el futuro, para bien del género humano, en la Electricidad y sus específicas transmisiones, es decir, como fenómenos eléctricos.

Además, diremos, de que si el Hombre es una organización viviente compuesta de congregaciones armoniosas de agrupamientos específicos de partículas eléctricas positivas y negativas condensadas en átomos de diferentes tipos, modalidades y propiedades, simples o complejos, maravillosamente combinados en moléculas y células que viven

en perenne acción, reacción e interacción, existe la posibilidad de que las enfermedades suyas, incluso las mentales, débense al desvitalizamiento, metamorfosis o desequilibrios fundamentalísimos, de ciertos grupos de partículas positivas y negativas atómicas que integran a determinadas porciones celulares orgánicas. Por consiguiente, es lógico pensar que la curación de las aludidas obtendriase al lograr que se produzca el restablecimiento del equilibrio de las mismas o la substitución de las células dañadas. Ello conseguiríase merced a la transfusión de nuevas partículas eléctrico-vitales sea por medio de alimentos especiales que condensan en sí partículas de uno o de otro tipo de electricidad, negativa o positiva, por separado, o neutrones que es la combinación de ambas, en más o menos cantidades, o mediante la aplicación rigurosamente científica directa de corrientes eléctricas suaves o proporcionadas, de uno o de otro signo, que provoquen la exacta reación y equilibrio molecular y celular deseada. Es decir, utilizando para ello la sistematizada **electroterapia**.

Habría que pensar también que a semejanza de todo cuanto forma a la Naturaleza, los microbios que se desarrollan dentro del organismo humano estarían constituidos de partículas eléctricas negativas o positivas o de ambas a la par y que éstos bien podrían penetrar en el cuerpo por diferentes conductos, ya organizados como tales o como simples particulillas negativas, positivas o neutras, que al injertarse en las células humanas y absorberlas e incorporarse a sí propias, los corpusculillos constitutivos de las substancias que forman el tejido celular, afines a ellas en sumas cuantitativas, crearían tal o cual virus o microbios productores de las variadas enfermedades que destruyen a los seres humanos. Si ello fuese así, existe también la posibilidad de poderlos expulsar del organismo en el cual se hubiesen introducido o creado, disgregándolos mediante chorros eléctricos de determinado tipo de electricidad, negativo, positivo o neutro. Esta será la nobilísima tarea que tendrán que realizar, mediante estudios profundos y experimentaciones sucesivas y conscientes, los sabios, investigadores y especialistas del futuro para gloria de la Ciencia y de la Humanidad.

Alice Lardé de Venturino

Alaiz en « Quinet »:

«...Por eso desprecio a los redentores tan aficionados a manejar la vida colectiva mientras su vida privada es un desierto, una caverna o una cuadra, aunque esté decorada con tapices y estatuas.»

« Quinet » es un libro profundamente humano y de altas enseñanzas cívicas y universales. Un ejemplar de esta obra es el mejor obsequio de fin de año que puede hacerse al amigo, al hijo, al novio.

Precio del mismo: 5 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería.

La guerra y sus causas



LOS pacifistas del mundo no pudimos impedir la guerra de 1941 ni la de 1939 y probablemente no podremos detener la que puede venir si los pueblos no se levantan contra su preparación en un final esfuerzo de acción y conciencia libre.

Sabemos que nuestro pensamiento representa la buena causa y triunfará. De cualquier modo, una vez más, arrojamos la semilla y cuando el tiempo sea propicio y la tierra esté preparada, la semilla dará sus frutos y la humanidad podrá vivir en paz sin el espectro terrible de la guerra y destrucción nunca soñada.

Siendo el movimiento pacifista de carácter humano objetivo y científico tenemos la misión de estudiar las causas que provocan las guerras en las sociedades modernas e ir formando en los hombres una conciencia pacifista, que no se pierda nunca y oponga a cualquier intento destructor que ya está actuando en todos los aspectos culturales.



LAS CAUSAS PSICOLOGICAS

Comunismo y Capitalismo son abstracciones en que creen millones de hombres. Trataremos de aclararlas y luchamos por la disolución de las grandes concentraciones de poder y la exclusión progresiva de hombres, mujeres y masas del planteamiento y solución de los problemas internacionales desde un punto de vista, para impedir que una reorganización del mundo nos conduzca a la esclavitud.

El hombre es un animal racional cuya civilización tiene poco tiempo. Hace apenas cien mil años que salió medio erguido de las cavernas, descendiendo de los carnívoros lejanos y teniendo por ascendientes antropoides salvajes ya desaparecidos. Vale decir, que sus instintos son netamente animales. El ciudadano de esta época es el heredero directo de tales antecesores. Tenemos, pues, instintos de agresión y de destrucción a la par que otros de conservación y apoyo mutuo. Según se impongan unos u otros, seremos sociales o antisociales, colectiva o individualmente. La disposición a la guerra está formada y es un producto de los instintos de destrucción, agregado a las normas culturales que los desarrollan.

«Los seres humanos que actualmente llegan al mundo —dice Freud— traen incorporada a su organización hereditaria una disposición parcial a convertir instintos egoístas en sociales, mecanismo que entra en juego ante leves estímulos interiores... Otra parte de esta conversión instintiva debe ser realizada espontáneamente en el curso de la vida, de modo tal que el individuo humano no sólo

se encuentre bajo la influencia de su ambiente cultural, sino también bajo el nivel del desarrollo cultural de sus antepasados... Pero estas transformaciones instintivas pueden ser anuladas por las influencias de la vida» (1).

El mismo autor añade, también, que serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre. «Hay gente que mantiene la unión por el odio contra los ajenos... «No se puede eliminar del todo las tendencias agresivas humanas; se puede intentar desviarlas al punto que no necesiten buscar su expresión en la guerra». «Si la disposición a la guerra es un producto del instinto de la destrucción, lo más fácil será apelar al antagonismo de este instinto: al Eros. Todo lo que establezca vínculos afectivos entre los hombres debe actuar contra la guerra. Esos vínculos deben ser de dos clases. Primero, los lazos análogos a los que nos ligan a los objetos del amor, aunque desprovistos de fines sexuales. La otra forma de vinculación afectiva es la que se realiza por identificación. Cuando establece elementos comunes importantes en la vinculación de los hombres despierta tales sentimientos de comunidad, identificaciones. Sobre ella se forma en gran parte la estructura de la sociedad humana». (2).

Los psicólogos están de acuerdo en que el niño trae de sus antepasados instintos fuertes de lucha, tendencias que la educación y la sociedad han de tener principalmente en cuenta. Decíamos que el instinto combativo lleva a la guerra, pero podría ser canalizado hacia el deporte. Se realizaría así lo esencial de la satisfacción primitiva, pero sin los efectos de brutalidad primaria. Mas esto tampoco es suficiente en la hora actual, pues los deportes por deformación de factores nacionales y sociales se han convertido en base y esencia de odios entre partidos, clubs, pueblos o naciones.

La infección histórica nacionalista ha logrado canalizar ciertos instintos brutales hacia su sector, sus mitos y prejuicios, y el deporte que teóricamente pudo ser una salida satisfactoria, hoy se convierte en una nueva fuente de cultivo de las fuerzas animales y feroces por su finalidad.

El psicólogo y el educador no pueden actuar libre y científicamente sobre la mentalidad del niño, pues la educación impartida por el Estado sólo



atiende a sus propios intereses (los estatales) y sus fines económicos y políticos que son depredadores; así que la educación primaria y secundaria en todos los países del mundo hoy se encuentra desvirtuada y no sirve para hacer conciencias y mentes pacíficas, sino guerreristas.

Esos ejemplos los vimos agigantados en el nazismo, el fascismo, el comunismo ruso, y el nacionalismo en general de todas las repúblicas llamadas democráticas. No hay por lo pronto esperanza de que sean eliminadas muchas causas instintivas en el mundo de hoy la tomaron los Estados y la desarrollan en lo más malo y contrario al género humano. La educación alimenta los instintos de odio entre hombres o pueblos y solamente una gran revolución que transforme la estructura social podrá modificar con el tiempo la psicología mental de los futuros niños, pues la de los actuales ya está envenenada por juguetes, historia y fiestas patrioterías. Frente a los peligros de los instintos depredadores, hay que levantar la otra forma de los instintos afectivos y unirse por lo que de común tengan los hombres, pero de todos modos, hay que limitar las tendencias instintivas.

La cultura es el fortalecimiento del intelecto que domina en gran parte la vida instintiva y que interioriza las tendencias agresivas. La cultura es negada por la guerra.

Existen en los hombres impulsos emocionales de índole conservador que fácilmente toman carácter belicoso. El mismo Freud anotaba que los «pueblos obedecen mucho más a sus pasiones que a sus intereses; a lo más utilizan sus intereses para racionalizar sus pasiones; aducen sus intereses para poder fundamentar la satisfacción de sus pasiones. Porque las colectividades se menosprecian, se odian, se aborrecen, en el fondo, aún en épocas de paz».

La resistencia inconsciente es formidable y no puede ser vencida por la razón en las masas y en las muchedumbres que actúan inconsciente e irracionalmente. «Las creencias irracionales arraigan en lo emotivo; se sienten como verdaderas; el fenómeno de creer puede definirse como conocer visceralmente».

El factor emocional es incontrarrestable en las masas y en los hombres que se pierden en las masas. Por un mecanismo conocido mas no explicado, las masas actúan inferiormente y se dejan sugestionar produciendo un tipo inferior de respuestas.

El factor irracional en la psicología colectiva es el más importante en determinados estados pasionales. El contagio mental se establece fácilmente y las aberraciones mentales ocasionadas por la explosión de impulsos guerreros dominan el campo consciente e inconsciente de las masas.

La cultura nación-Estado-capitalismo no sólo no puede modificar la naturaleza humana, sino que hace imposible cualquier abertura de brecha en la irracional psicología colectiva, pues ella es guerrera.

¿Se puede liquidar el factor emocional? No. Hay que aminorarlo. No hay que falsificarlo. Hay que impedir que se desarrollen falsas emociones, como hacen diariamente, con sus doctrinas propagandísticas.

Los jefes arrastran los pueblos a la guerra no sólo por el engaño o la astucia sino que consultan muchos aspectos de la naturaleza humana, y el entusiasmo con que actúan las masas demuestran que tienen éxito. El sector irracional e inconsciente tiene más importancia que los procesos colectivos conscientes y racionales y hay que contar que en la mayoría de los casos triunfan los primeros.

Se presenta ante nosotros, los pacifistas, una larga labor a desarrollar, la autodefensa mental, pero tal labor apenas la empieza un núcleo de pensadores y no llega a la calle. Resta el enfoque exacto de la realidad; esto también puede colaborar en la dirección de una correcta higiene mental contra la guerra.

★

La abolición de la dominación exterior ha marcado históricamente un camino del aumento de la libertad en los hombres, pero esto mismo no fué mucho. La esclavitud institucional actual terminó con las supuestas ventajas «seguras» de una lucha por las libertades y las dictaduras modernas de cualquier clase que sean a través del Estado liquidaron las esperanzas de los hombres en las instituciones liberales o conservadoras.

La estructura social no sólo es un factor importante de guerra sino que contribuye a crear una naturaleza guerrera. «Las inclinaciones humanas más bellas, así como las más repugnantes no forman parte de la naturaleza humana, fija y biológicamente dadas, sino que resultan del proceso social que crea el hombre. En otras palabras, la sociedad no ejerce solamente la función de represión, sino que posee también una función creadora. La naturaleza del hombre, sus pasiones, angustias, son un producto cultural; en realidad, el hombre mismo es la creación más importante y la mayor hazaña de ese incesante esfuerzo humano cuyo registro llamamos historia» (4).

La estructura económica, como veremos más adelante, en la determinación del carácter del hombre para la guerra es de suma importancia; el capitalismo lleva a la guerra y es el mismo fruto de los sentimientos depredadores. La economía lo modela para la guerra no sólo porque lo engaña, sino porque lo sitúa en una situación de inseguridad. Y la guerra, conquistas, etc., son esgrimidas, en última instancia, para la seguridad del hombre y su familia. Las masas que fueron a la última guerra estaban convencidas —en ambos lados— que conseguirían la seguridad. La realidad de la postguerra les demostró que no la tuvieron en ningún lado. El hombre moderno aún en sociedad vive demasiado aislado, le falta la solidaridad que fué buscando a través del movimiento obrero mundial y que no encuentra en los diferentes nacionalismos o Estados. Se siente víctima de un sentimiento de impotencia que lo impulsa a renunciar a su libertad y refugiarse donde le

ofrezcan cualquier seguridad y ésta encuentra una ilusión en el poder del Estado, en el Estado fuerte; el poder atrae en primer término a los inseguros, a los impotentes y a los aislados, pero se constituye sentimentalmente a base de otros temperamentos.

Creer que todo el mundo quiere o busca la libertad es un grave error. Los modernos estudios psicológicos demuestran que hay momentos en que el hombre no la quiere, y estos estados, de individuales se tornan colectivos y se forma el verdadero substratum de las dictaduras.

Cualquiera que fuera la causa: aislamiento, inseguridad, impotencia, desocupación, etc., un proceso de pérdida de libertad se hace voluntario y toma las características orgánicas de sumisión. Sumisión universal, ya que niega la individualidad ética de la persona y sus valores. Naturalmente que esto no es un fenómeno exclusivamente político. En todas las religiones la relación con Dios es de completa sumisión. En el Estado moderno la relación con el Estado es de completa sumisión. Pero la sumisión no lo es sólo por sí misma, sino por sus consecuencias. Si el hombre se somete completamente se salva, en las religiones; en los credos políticos la sumisión incondicional al jefe trae una ayuda. Se sacrifica la vida a la Religión al Dios, al Líder, al Partido, a la Nación, etc., y a una serie de ídolos modernos sólo diferente de los antiguos en sus representaciones artísticas. Sacrificarse es aceptar ciegamente cuanto en nombre de tales mitos se hagan. Se humilla al hombre, se destruye su personalidad; se pierden libertad e integridad del yo individual y al final está condimentado para la guerra. «Sin embargo —dice From—, la sumisión no es el único método para evitar la soledad y la angustia. Hay otro método, el único que es creador y no desemboca en el conflicto insoluble; la relación espontánea entre los hombres y la naturaleza, relación que une al individuo con el mundo sin privarlo de su individualidad». (5)

Existen en el alma humana mecanismos por los cuales se desplazan los hombres hacia la esclavitud, estado que ha sido constante en la historia. «El primer mecanismo de evasión de la libertad que trataremos es el que consiste en la tendencia a abandonar el yo individual propio para fundirse con algo o alguien exterior a uno mismo, a fin de adquirir la fuerza de que el yo individual carece, o para decirlo con otras palabras, la tendencia a buscar nuevos vínculos secundarios como substitutos de los primarios que se han perdido», alimentos esenciales, como se comprende, del autoritarismo y del estatismo.

«La anulación del yo individual y el intento de sobreponerse, por ese método a la intolerable sensación de impotencia constituyen tan sólo un aspecto de los impulsos masoquistas. El otro aspecto lo hallamos en el intento de convertirse en parte integrante de alguna más grande y más poderosa entidad exterior a la persona, sumergiéndose en ella. Esta entidad, puede ser un individuo, una institución, un dios, la nación, la conciencia o una compulsión psíquica. Al transformarse en parte de un poder, sentido como inmovi-

ble, fuerte, eterno y fascinador el individuo participa de su fuerza y gloria. Entrega su propio yo y renuncia a toda la fuerza y orgullo de su personalidad; pierde su integridad como individuo y se despoja de la libertad; pero gana una seguridad que no tenía y el orgullo de participar en el poder en que se ha sumergido... «El significado de su vida, la identidad de su yo, son determinados por la entidad total en la que ha sumergido su personalidad en virtud de este proceso.» (6)

El poder organizado en Estado convierte al ser humano en una cosa o su engranaje. El yo pierde su propiedad consciente y marcha por todos los caminos y direcciones que le traza el poder... Se hace del hombre lo que se quiere. Unas veces este poder es fruto de la burocracia; otras, de las dictaduras en cuya cabeza se encuentra un líder...

El dominio sobre las personas aniquila la personalidad, por ausencia de la libertad interior como expresión libre y natural de la naturaleza humana. La persona pertenece y obedece a la voluntad de un tercero, es un objeto pasivo y se ha convertido en un medio.

Se les hace creer a los hombres que sirven a altos fines, pero, en realidad se han transformado en cosas, para lo bueno o para lo malo, generalmente en malas cosas como ocurre con la guerra, donde los hombres todos, rojos o blancos, democráticos o comunistas, sirven de medio material humano arrojado a la destrucción con literatura de todos los matices, que sirven de consuelo al mismo tiempo que las palabras altisonantes disciplinan la obediencia y mantienen firmes las creencias suicidas.

La transformación en autómatas idénticos a las muchedumbres de autómatas en que vive en las naciones modernas, aporta un consuelo y tranquilidad aparente, que posteriormente requerirá nuevas conformidades automáticas, pero cuya nota auténtica es la pérdida de la personalidad, pues el individuo voluntaria o involuntariamente ha dejado de ser él mismo.

Paralelamente con esta gente que renuncia a la individualidad y a sus valores coinciden los tipos humanos llamados de carácter destructivo o autoritario con deseo de poder obsesivo, impulsos desordenados que son origen sadomasoquistas.

Convivimos diariamente con una multitud de hombres de mentalidad patológica de carácter hereditario, verdaderos psicópatas cuya sed de poder se encuentra correspondida por la estructura estatal y autoritaria de las sociedades modernas y antiguas, grandes neuróticos afectados de cesarismo con sueños de grandeza y la creencia en ser hombres predestinados a llevar a sus pueblos a grandes y brillantes destinos, por Dios unas veces, otras por la naturaleza, el destino, la patria... «Los apetitos animales quedan en libertad. los hombres son tratados como ganados. El individuo queda ahogado en el grupo, la vida humana pierde su valor y se eliminan los derechos y la dignidad del individuo. El cuadro de la vida psíquica del hombre «se ha nublado»... Hen degradado al hombre en forma desconocida hasta ahora, le han privado de su humanidad y han hecho de él una cosa. Su descenso premeditado desde el

nivel humano constituye su elevación crucial y revolucionaria», expresa Erick Kahler (7).

Por otra parte, aparecen en su medio los dictadores, todos legales, que convierten a través de las instituciones históricas a los hombres en medio de su patología masoquista.

Sean sádicas o masoquistas, las masas pierden la individualidad y la libertad, y las instituciones amóldanse a una terrible patología social de la cual no salen ni saldrán más a pesar de las revoluciones (conservadoras) y de los mitos revolucionarios engendradores en todas partes y en todas las edades de las dictaduras y guerras, que no tienen otras determinaciones finales que la pérdida de las libertades individuales, «de la libertad positiva y como realización del yo, que implica la afirmación del carácter único del individuo», según cita de P. L. Bernard.

La importancia social de los tipos patológicos está probada históricamente y afirmada en los contemporáneos por los movimientos nazistas, fascistas, otras dictaduras y preparación de la guerra atómica.

Padecemos una gran cantidad de psicópatas y millones de neuróticos en todas las esferas: Ejército, Aviación, ministros y presidentes, diplomáticos, que no sólo dificultan el funcionamiento de las instituciones sino que las orientan definitivamente hacia lo antisocial, desde el poder.

En el juego de los partidos, en las democracias y en las dictaduras los altos puestos los ocupan los más fanáticos, los más definidos afirmadores del credo triunfante y es entre esta gente donde se encuentra el mayor porcentaje de psicópatas; parece como si la inmensa marea social los hubiera juntado en los puestos de las altas esferas directoras y en las bajas de los manicomios y casas de salud. Fuera de la Eugenesia y de una Higiene Mental profunda y extrema, por ahora no queda más remedio que aplicar tests de normalidad y estabilidad afectiva para los puestos públicos y dirigentes, como primer medida higienizadora del medio que actuará sobre la formación de la conducta humana, proyectando al mismo tiempo para las escuelas una enseñanza pacifista.

LA DEFORMACION DE LA OPINION PUBLICA

La conservación de los estados de dominio y psicológicos autoritarios individuales y colectivos implica la formación de una opinión pública «ad hoc». La opinión pública está completamente deformada por un sistema institucional estatista dictador e irracional. No vamos a entrar en su deformación psicológica, ni en la propaganda por radio, periódicos, discursos, etc., pues para ello carecemos de espacio: iremos solamente a analizar algo de la historia. Ya sabemos que en todas las naciones la historia propia es «la mejor y más importante del mundo», que sus héroes son los mejores y más grandes del mundo y de todos los tiempos, de ser posible. Tomo este aspecto, pues en él descansa uno de los fundamentos del nacionalismo moderno. El mal es viejo. Los griegos deificaron algunos de sus más grandes hombres y se formaron mitos. En todas partes «los héroes

nuestros, que elegimos en la historia, los despojamos gradualmente de sus cualidades sin valor, antisociales, y de sus defectos de carácter, actuación, y en lugar de estas imperfecciones los revestimos con una selección de cualidades que admiramos», dice Bernard. (8)

Se nos ha educado con el error de no ver a nuestros héroes de la historia como seres corrientes. No tienen defectos, son perfectos, los hemos idealizado. Esto hace que también se idealice a los caudillos revolucionarios, a los movimientos religiosos y a toda clase de héroes. Esta idealización equivocada no nos deja ver las cosas naturalmente, como son, y adquirimos un criterio falso y enemigo de nuestros semejantes y de otros pueblos, y damos las bases para la eliminación de un verdadero pensamiento científico y preparamos largamente el uso de estas cosas para las malas sugerencias de la evolución progresiva del Estado y la consiguiente dictadura.

La supresión de la enseñanza de la Historia en la enseñanza secundaria y primaria, no traería a la humanidad ningún daño. Las deformaciones son muy malas, nos impiden conocer la verdad y ver la realidad; no se conocen las personalidades históricas ante montañas de papeles que traducen puras mentiras aceptadas por el criterio de autoridad. En la actualidad, una gran medida pacifista sería limitar el empleo de los métodos históricos, que, además, en América del Sur todos son belicosos. «Ningún hombre es perfecto de carácter y mucho menos es igualmente perfecto en todos los aspectos del desarrollo de su carácter».

La deformación de la opinión pública empieza en las escuelas primarias, sigue en las secundarias y no termina en las universitarias, para caer más tarde en manos absolutas del Estado en su propaganda política y «pro domo sua»...

Hemos asistido en los últimos años a las propagandas organizadas, técnicas y sugestivas de las dictaduras, con sus oficinas científicas de propaganda radical, prensa gubernamental (los mejores diarios), literatura y oradores, manifestaciones, conferenciantes alquilados, etc., etc.; folletos, cine y demás, y comprobado sus éxitos. La opinión pública (por lo menos, de la mayoría) seguía la dictadura gubernamental, las muchedumbres mareadas, hipnotizadas, concurrían fanáticamente a los actos y leían todo cuanto se les presentaba favorable al héroe... Hoy todos los Estados del mundo la practican. No sólo poseen oficinas de la difusión, sino ministerios. Esta es una presión eficiente del medio sobre la mentalidad del individuo y su conducta. Toda conducta al final es conducta del individuo y sobre éste actúan...

JUAN LAZARTE

(1) Freud, Segismundo. Obras completas, t. XVIII, pág. 289.

(2) *Ibidem*, op. cit., pág. 331.

(3) Numerosos congresos pacifistas llamaron la atención sobre cómo ha de ser en lo posible una educación racionalista, llegando a sintetizarse en los siguientes postulados: 1) Suprimir los juguetes de inspiración belicosa; 2) enseñar idiomas extranjeros en las escuelas primarias; 3) tener libros de historia de la civiliza-

Poetas, filósofos, científicos opinan...

¿Qué es el amor?

Los hombres mueren de hastío y el olvido los entierra. — La Bruyère.

El amor que nace súbitamente es el más largo de curar. — Haneman.

La multiplicidad de afectos ensancha el corazón. — E. Armand.

El amor es una tontería hecha por dos. — Clyde.

El día que has pasado sin amar es el más inútil de tu vida. — Omar-AL-Khayyam.

El amor y la amistad se excluyen mutuamente. — Corneille.

Es más fácil encontrar un amor apasionado que una amistad perfecta. — La Bruyère.

Los corazones están hechos para ser rotos. — Oscar Wilde.

Es natural condición de mujeres desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece. — Cervantes.

Sólo los corazones se dan ellos mismos. — Glasworthy.

En amor, las disputas parecen valer más que el elogio. — Marivaux.

ción, y no de guerra; 4) tener films especiales para los niños; y 5) tener una educación obligatoria cívica, ética y social en las escuelas de adolescentes, a fin de que se consideren no solamente ciudadanos de su propio país, sino también ciudadanos del mundo).

El comité político de la UN aprobó por unanimidad una moción en que se condena toda propaganda que pueda provocar la guerra e impedir la difusión de las informaciones de los deseos de paz de todos los pueblos, presentado por Francia, Canadá y Australia. La URSS presentó un proyecto para la adopción de medidas eficaces para abolir el soborno directo o indirecto en los organismos de prensa e informaciones y luchar efectivamente contra los órganos periodísticos y agencias que incitan a las guerras y agresión. Un contralor sobre informaciones que hoy obedecen al Estado o a intereses imperialistas.

(4) Erick From. El miedo a la libertad, pág. 33.

(5) From, E. El miedo a la libertad, pág. 47.

(6) Ibid, op. cit., pág. 146.

(7) Kahler, E. Historia universal del hombre, pág. 325.

(8) Bernard, L. L. Psicología social, pág. 171.

Las mujeres se casan para entrar al mundo, los hombres para salir de él. — Taine.

El amor compadece, y compadece más cuanto más ama. — Unamuno.

El que nunca ha amado, no puede ser bueno. — Esquilo.

No existe más que una especie de amor, pero de él hay mil copias diferentes. — La Rochefoucauld.

Lo primero que hace una mujer, cuando quiere que un hombre la alcance, es echar a correr. — Montaigne.

El amor es un cañamazo dado por la naturaleza y bordado por la imaginación. — Voltaire.

El amor, para los hombres, no es más que un episodio; para las mujeres, es la historia de toda su vida. — Mme de Stael.

El amor crea en la mujer una mujer nueva; la de la vispera ya no existe al día siguiente. — Balzac.

A veces las lágrimas son la extrema sonrisa del amor. — Sthendal.

En el origen de todas las grandes cosas hay una mujer. — Lamartine.

¿Qué es la vida?

La vida es la transformación, lenta o brusca, mas incesante, de toda la materia cósmica y de la fuerza que la anima. — Herschell.

No espero pasar por esta vida más que una sola vez. Por lo tanto, cualquier bien que yo pueda hacer, cualquier bondad de mi parte hacia no importa qué criatura viviente, he de hacerla ahora. No he de diferir esto para el mañana, pues quién sabe si por este camino pasará otro día. — Wilde.

Mirándolo bien, la vida es sólo el día en que vivimos. — Burns.

Una vida: un pequeño destello de Tiempo entre dos Eternidades. — Carlyle.

Nadie debe desesperarse mientras pueda respirar (mientras hay vida hay esperanza). — Erasmo.

¿Amas a la vida? Entonces no malgastes el tiempo, materia prima de la vida. — Franklin.

La vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan. — La Bruyère.

Una vida inútil y sin sentido es una prematura muerte. — Goethe.

Cada día es una sucesión de días. Caminamos a través de nosotros mismos, encontrando a ladrones, fantasmas, gigantes, ancianos, jóvenes, viudas, cuñados. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos. — James Joyce.

La vida es lo mismo que una fábula: lo que importa no es lo extensa que pueda ser, sino lo hermosa que sea y el deleite que cause. — Séneca.

Nuestra máxima debería ser: vivir y dejar vivir. — Schiller.

La vida es sólo una breve sombra que pasa. — Shakespeare.

¡Ojalá pudiéramos vivir todos los días de nuestra vida! — Swift.

Dejemos que nuestras vidas dancen en los límites del Tiempo como el rocío parece columpiarse en las extremidades de las hojas. — Tagore.

Conocen los hombres demasiado temprano a la vida y las mujeres demasiado tarde. — Wilde.

Cuando un hombre bueno y noble ha vivido a nuestro lado no nos es nunca arrebatado completamente. Deja tras él un vestigio luminoso semejante a esas estrellas apagadas que se ven desde la tierra después de muchos siglos. — Carlyle.

Para realizar grandes cosas, debemos vivir como si nunca hubiéramos de morir. — Vauvenargues.

La educación es la ciencia de la vida, es el arte del buen vivir. — Laboulaye.

Vivir es hacer; para quien no hace nada de su existencia, la existencia es nada. — Mme Guizot.

La vida debe tener su corriente; el agua que no corre se corrompe. — Lamartine.

El trabajo tiene, entre otras ventajas, la de acortar los días y prolongar la vida. — Diderot.

El atardecer de la vida trae consigo su lámpara.

Con la misma indiferencia que corren las aguas por los ríos y pasa el viento por el desierto, así un nuevo día se ha ido de mi existencia. Hay dos días por los cuales mi corazón jamás ha languidecido: ése que no ha llegado aún, y ése que ya pasó. — Omar-A-Kayyam.

Trázate tal norma de vida, que puedas seguirla lo mismo cuando estés solo que en compañía. — Epicteto.

La mejor señal de haber nacido con grandes cualidades es carecer de envidia. — La Rochefoucauld.

Estamos en este mundo para cumplir una determinada obra; cada uno de nosotros posee sus capacidades y sus aptitudes; las hemos recibido para el bien de la sociedad tanto como para nuestro propio bien; por eso no debemos ocultarles. — Jules Simón.

Lo terrible no consiste en vivir demasiado, sino en ver pasar en torno nuestro, madre, mujer, amigos e hijos. La naturaleza hace y deshace estos tesoros con toda indiferencia y, al final, nos encontramos que sólo hemos amado y besado sombras, pero qué adorables algunas. — Anatole France.

¡Ah! Qué mal vive aquél que sólo vive para sí. — Musset.

Sólo hay un modo de encontrar la vida feliz, y es buscando el bien y la verdad. Estaréis contentos de la vida si hacéis de ella buen uso. — Renán.

La costumbre de vivir para nosotros nos hace cada día más incapaces de vivir para el prójimo. — Vigny.

En la vida existen cuatro cosas viejas que son buenas: viejos amigos para conversar, leña vieja para calentarse, añejos vinos para beber y viejos libros para leer. — Faguet.

O es perpetua renovación o es una lánguida muerte nuestra vida. — Rodó.

No debemos lamentar nunca el tiempo que hemos empleado en proceder bien. — Joubert.

Cada persona lleva en su rostro la idea que tiene de la vida. Los que no tienen ideal alguno, recuerdan las antorchas apagadas. — Teixeira de Paçoães.

El amor a la vida es casi lo contrario del amor a una larga vida. — Nietzsche.

El artista debe amar a la vida y enseñarnos lo que es bello. Sin él, lo dudariamos. — Anatole France.

La vida es una operación que se hace hacia adelante. Se vive desde el porvenir, porque vivir consiste inexorablemente en un hacer. — Ortega y Gasset.

El saber sufrir demuestra experiencia en la ciencia de la vida. — Mme de Maintenon.

El hilo de la vida se aflojaría si no fuese bañado por algunas lágrimas. — Pitágoras.

Platicando con
un japonés

Dos civilizaciones

— ¿Sabes, amigo Kano, qué es el azar?

— El azar — me contestó pausadamente y profundizando — es un hada ciega que sabe disfrazarse a menudo de sagaz pastor del gran rebaño humano, en su marcha a tientas a través de la noche tempestuosa de la vida... Señala la ruta ancha y lisa, rodea los peñascos y los precipicios, y conduce mansamente hacia las quimeras de la felicidad. Pero, con más frecuencia, esta hada lleva el vestido abigarrado, con mil formas, del momento y del capricho. Viene a tu encuentro, te detiene y te abandona luego, perturbado, vacilante, o te encanta con su sonrisa, y la sigues confiado. Hace desvanecer la más tenaz voluntad, abre perspectivas nuevas y alienta lágrimas, extiende en demasía el velo enlutado de anhelos frustrados...

— ¡Basta! — le interrumpí yo —. Me parece que estás expresándote de una manera muy solemne en una casualidad tan mezquina. Mira aquí — y le alcancé una revista ilustrada olvidada por alguien sobre la mesa del café, y abierta a la página que llevaba el título: «El arte europeo en el Japón», con algunas fotos de actores japoneses que interpretaron papeles en obras clásicas de la dramaturgia europea. Kano las contempló, estupefacto. Luego, una risa surgió, irrefrenable, extendiéndose sobre toda su cara ancha y pálida. Pero pronto volvió en sí, pensativo. Le oprimía una amargura entremezclada con pena y angustia; parecía que otras imágenes hubieran reemplazado las fotografías.

...Por la abertura de la cortina de terciopelo, la fina silueta de la célebre Sada Yakko aparece en el ropaje de larga cola que lleva la «Tosca» de Puccini. La señorita Kinugawa, adornada con las trenzas de la rubia Margarita, levanta sus ojos de almendra hacia el semblante melencólico de un Fausto alto y flaco, tratando de expresar el supremo instante de la felicidad. El expansivo Ichigawa se empeña en mostrar la cruel tozudez de Shylock, en

la actitud recogida de un monje budista. A Marco Antonio le sacaron del quieto mausoleo de la antigua gloria romana y, envuelto por el señor Togi en una toga larga, desenrolla un papiro, con la mirada melancólica y el gesto de un tigre que se arroja sobre su presa. Y Kato, el gran trágico, colocándose en la coronilla un arco de laureles y estirando ante su público los anchos pliegues de la púrpura imperial, se yengue en la actitud marcial de Julio César, que parece, empero, haber padecido en la más dura esclavitud.

Y el amigo Kano estalló, con hondo trémulo en su voz:

— ¡No! Por más que ame mi maravilloso país, siempre me entristecen y me apenan tales intentos ridículos de imitar a los artistas europeos. Créan que los actores japoneses, pese a sus dones dramáticos, pese a las aparentes transposiciones animadas, nunca lograrán expresar la verdadera significación de una obra de teatro europeo. Se opone la naturaleza misma de la raza. Su rostro, con la sonrisa enigmática y la melancolía de los ojos ovalados; la movilidad expresiva de su fisonomía, sus ademanes rápidos, las flexibles actitudes de su cuerpo delgado y a veces bajito — todas esas peculiaridades no cuadran con las vestimentas y las máscaras europeas. Y qué decir del alma y la mentalidad específica... Cuando aparecen así en el escenario, en un teatro europeo o nacional, parecen más bien muñecas, títeres o maniqués que traicionan en cada movimiento su artificialidad.

¡Ah, el Occidente! Palabra que denomina el gigantesco hervidero de los egoísmos e intereses; el irrefrenable afán de poder, celebridad y novedad. El occidentalismo es la espuma policroma y fascinante en la superficie de un pantano en el que están fermentando los productos intelectuales superrefinados durante algunos milenios. Es la borra de los sentidos pervertidos por el pensamiento; es un sol eléctrico que encandila al extranjero que trata de descubrir sus secretos... Es un conjunto de quimeras, de espejismos que se renuevan sin cesar. Es una fuerza demoníaca, un torbellino de codicias y pasiones, que quiere y quiere siempre, que escudriña, desgarrar y muerde, que destruye, reconstruye para volver a destruir, que corre adelante, como un poseso de «amok», siempre adelante, matando y matando...

¡La civilización europea! ¡El Occidente! palabra mágica, palabra de orden que impulsa a los misioneros hacia regiones «salvajes», vírgenes, todavía apartadas del contacto con lo que se llama «progreso y bienestar», es decir, la superproducción que los países occidentales tienen que exportar, forzosamente, para no ahogarse en sus propias riquezas.

Como un pulpo, esta civilización extiende sus innumerables tentáculos sobre mares y océanos. Derrama su estancada abundancia, para encontrar

Las mujeres son las flores de la vida, como los niños son sus frutos. — B. de Saint Pierre.

★

Para los venturosos la vida entera es harto breve; para los desdichados, una sola noche es una eternidad. — Luciano.

★

La vida es tan rica en situaciones diferentes, que no cabe encerrarla dentro de un único perfil moral. — Ortega y Gasset.

★

Así como un día bien empleado nos procura un buen sueño, una vida bien vivida nos proporciona un muerte tranquila. — Anatole France.

★

(Una selección de V. Muñoz)

fuentes más ricas y saludables para ella misma. Cree que aparta las tinieblas de la ignorancia y los estragos de la miseria. Por más que gimen y se rebelan los pueblos esclavizados, sus «benefactores» imaginan que la humanidad está prosperando por el recto camino de su cultura. Ellos no saben lo que es la sencillez, ni la quietud, ni el silencio de la comunión con mundos superiores; no saben nada del grande y puro amor; ignoran o desprecian los verdaderos ideales creadores del espíritu y del alma...

Así, nosotros también, los japoneses, engañados por los falsos misioneros y por los aventureros de la política, cegados por las perspectivas grandiosas de la ciencia y de la técnica, hemos abierto las puertas de nuestro país. Embriagados por las primeras gotas del nuevo elixir, nos hemos empeñado locamente en imitar la civilización occidental. A menudo hemos logrado superarla en la carrera de las competiciones. Construyendo laboratorios, hemos forjado también muchos cañones y acorazados. Quien conoce la situación actual en nuestro país, lamenta la corrupción de las antiguas costumbres y la miseria de las muchedumbres. El mal está corroyendo las raíces de nuestro pueblo, de esos hombres sobrios, tenaces y trabajadores que ahora se dan cuenta de que **fueron felices una vez...**

Lo que sobrepasa al mal difundido por la civilización occidental en tantos países «atrasados», es el hecho de que los pueblos están alterando sus peculiaridades étnicas y éticas, su personalidad genuina, que es la palanca de resistencia en el entrevero inexorable de la existencia sobre esta tierra. Pronto, la humanidad llegará a ser, de este modo, un inmenso ejército armado hasta los dientes. Su vida sería entonces una lucha ininterrumpida en un laberinto de usinas y fortalezas. Sería la degeneración de la inteligencia, el embrutecimiento colectivo en la última etapa de la evolución humana, el agónico fin de nuestra especie...

Y volviendo a contemplar con amarga sonrisa

las reproducciones fotográficas, Kano concluyó con esta invocación:

— No, mis queridos compatriotas, no os empeñéis en desnaturalizar nuestra estirpe. Dejad de lado los héroes de la civilización europea, por más «interesantes» que os parezcan. Esos corresponden a otros pueblos, ya que son productos de la cultura occidental... Y tú, menuda y grácil Sada Yakko, envuélvete en el kimono florido de tu cielo y juega junto con las encantadoras geishas; canta con voz de ruiseñor las dulces melodías de nuestro pueblo, acompañada por el hondo vibrar de las samisas y las delicadas bivas. O muéstranos cómo sabes morir, tan conmovedora, cuando lo exige la devoción familiar. Muéstranos cómo se desprende el alma, volando hacia los reinos eternos... Y tú, bella musme Kinugawa, sé una Margarita niponesa y, al lado de otro Fausto, de nuestro país, sabrás enseñar a la multitud de espectadores lo que es el amor intachable en un mundo de maldades y codicias... En vez de envenenar el alma con las especulaciones del Dinero, tú, Ichigawa, disfrázate de valiente daimio que aprecia el honor más que el oro... Y a nosotros, Togi y Kato, colocaos las máscaras cruentas de los samurais, blandiendo las espadas para demostrar lo que es la lealtad, el verdadero heroísmo y la bondad equitativa. Y cuando llevéis el amplio talar de los bonzos, hablad al pueblo sobre la sabiduría que revela la verdad con sencillas palabras; o, si le gustan más los cuentos, podéis cantar a los oyentes con las leyendas de sus antepasados... Conservad en este pueblo nuestro un corazón puro y digno. Y, si os impulsa un sentimiento de vagancia y curiosidad, id también a los países agitados y abrumados del Occidente, para enseñar a los escépticos europeos, si es posible eso, cómo llora y cómo ríe el alma misteriosa del Oriente... (1)

EUGEN RELGIS

(De un libro en preparación : « Sol Naciente » (Oriente y Occidente).

«Aprendemos más a base de escarmientos que a base de censura, más porque nos enmendamos que porque nos corrigen: El que prueba un grano de mostaza conoce mejor su sabor que a aquel a quien le enseñan un elefante cargado de ella.»

(Del libro «Los objetivos, los obstáculos y los medios», por J. Salas Subirat. Precio 6 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería).

dad civilizadora. Cada cual ha podido sobrellevar las peripetias del cambio fundamental de experimentación, y muy pocos se han considerado vencidos en su espiritualidad en el nuevo lugar de residencia. Hablando con la mismas palabras de euforia, los ideales que inspiraron su vocación establecieron una corriente cultural cuyos resultados estamos experimentando en el enriquecimiento de la literatura americana. El ensañamiento de un barbarismo atávico y fanáticamente jesuitico, que pone luto en la historia de la civilización, obligó a reconcentrarse en si mismos y adquirir la confianza en los valores eternos de la esperanza y la sana rebeldía, volcados en el torrente sanguíneo americano con la esencia más íntima de la creación humanística desde Cervantes y Lope hasta Calderón, y en tanto España territorial, como centro de cultura, sufre las consecuencias de la brutalidad del vencedor, cada uno de estos poetas y escritores, guiados por el instinto poético, escriben las páginas más viriles de nuestra lengua en este periodo histórico, alcanzando las estrellas con la musa del ingenio.

Por la reciedumbre de pensamiento y emotividad que imponen a su obra, y el aliento vigoroso que infunden, se equiparan a las literaturas de todos los tiempos, porque su pecho es grande como el universo de sus ideales; su realismo valientemente atrevido, su esencia profundamente humana, con voces de heroísmo que resuenen en todas las constelaciones.

Actualmente ya no puede hablarse de estos artifices en sentido particular, como pertenecientes sino a una cultura continental que va adquiriendo caracteres cada vez más firmes y sólidamente constructivos. Porque tanto en poesía como en filosofía y literatura estos elementos se han cosmopolizado, identificándose con el nuevo ambiente. Los antiguos moldes surrealistas o altruistas que constituían una modalidad particular antes del destierro, fueron alterados por sentimientos artísticamente delicados en emociones expresadas al unísono de sus contemporáneos americanos, con emociones que no exprimen el libro, sino el ingenio, a través del pensamiento, con rasgos clásicos, a veces tan humanos, que dejan atrás el tiempo y la historia.

Este trasplante, tan doloroso para el espíritu sensible de todo verdadero artista, ha tenido la virtud de diversificar la cultura ibérica, de bifurcar su linaje y poder creadores, hacia otros mundos, chorreando la sangre y las verdades que hasta trágico experimento se desconocía igual en potencia dentro del mundo europeo contemporáneo. Las emociones despertadas, que arrancan de las páginas maestras de la gran literatura clásica, dieron nacimiento a una obra de conjunto con perfiles de eternidad. Y no sólo den-

Encontramos ese dejo de querencia, ambición generosa de apretar el recuerdo entre nuestra imaginación y hacerlo unívoco, con espíritu viviente, en la gran mayoría de sus composiciones. Pareciera abrigar el propósito de infundirle alma a los motivos y por ello es que deslumbra con su atracción. Identificado con esos motivos tan suyos, que confiadamente va dibujando con sentido moral, se hunde en el tráfago de la metáfora, abasteciéndose así de imágenes su inspiración insatisfecha. Y, sin pretenderlo, pone en ello una firme voluntad, inquebrantable, que da a su poesía los tintes de la originalidad. «Gallardetes, sonrisas, colores, estallidos de bombas, jarana, voladones de seda punzó, algazara, bullanga... Retozar en el prado tres días entre lindas morochas rosadas, que tan sólo a reír aprendieron. ¡Disfranzarnos de novios la cara inocente de toda injuria. Y, entre bombas, banderas, rosadas, encontrarnos de nuevo pilletes caminando detrás de la banda! Alegría de verme paseando entre caras ya casi olvidadas, mi poncho doblado en el hombro y una boina ladeada!» O bien, rematando el paisaje, recordando su emoción, se expresa en aquel «Visto criollo, le quedas sumergido en tus cosas; la cabeza inclinada, silencioso, las horas. Yo bien se que pasaste tu diablura amorosa: veleidades o ilusiones de gloria. Martín Fierro... Moireira...! Qué figuras grandotas en las ruedas paisanas mientras llega la aurora. Viejo triste que cruzas jineteando recuerdos de mocito que ansiaba ser cantor, guitarrero, profesor en facones y en la taba maestro. Has traído de entonces, a los tiempos modernos de rodeos avícolas, solamente los cuentos... la melena con liendros bajo el sucho chambergo y ese hachazo en la cara que te dió un forastero por cuestión de polleras en un baile del puesto! Nada queda de tus hazañas, abuelo!».

Cultivado al calor de las ideas que representó la generación del 80, Pedro Godoy se embebió en aquella cultura empírica de la tradición, que hasta entonces apenas si poseía una formalidad literaria. El campo era vasta llanura con lejanos horizontes y su espiritualidad descansaba en cuanto constituían fuente de riqueza. Espiritualmente, el país estaba por formarse, y cuanto representaba como elemento estético se traducía en los consejos y dichos de «Martín Fierro». Los animadores de aquella promoción, trazaron un nuevo panorama literario dentro del pensamiento libre, sin cuya anchurosa amplitud todo arte no es tal. Después de atraer por los azares de una política belicista, con alteraciones por levantamientos y montoneras, la fuerza de la sangre no había aflorado al rostro nacional. Fué preciso emprender el establecimiento de una conciencia, que desde entonces cruzó el suelo; confeccionar un balance de revalorizaciones,

agrupando los sentimientos afines y constituir una fuerza militante que diera coherencia al arte, la poesía y las ciencias sociales. Desde entonces, aquella orientación estableció una línea vigorosa contra el pasado, con tales contornos que no hubo problema que resultara ajeno a las generaciones que le sucedieron.

Esas agrupaciones, que tenían por objeto la dignificación de un arte y ciencia verdaderamente de raíces nacionales, volcó su corazón en una labor fecunda, al punto que de allí arranca el sentimiento nativo. Pedro Godoy, que de aquella generación privilegiada por lo que representó, encontró en su atmósfera los recuerdos y las enseñanzas de su pasado telúrico, ha volcado briosamente la inspiración criolla, con la universalidad de las corrientes modernistas. Su gracia y colorido nos viene de los cuadros que trazaron aquellos hombres del pasado, con un espíritu de relato juvenil, sin aditiveraciones ni invenciones peregrinas, sólo determinadas a establecer una conciencia. Que su arte no se distinga como auténtico dentro del ámbito del país, en modo alguno desacreditó las dotes particulares que le caracterizan como uno de sus grandes poetas. Las corrientes idealistas, como las escuelas literarias, ya no se determinan por un localismo. Su mundo es tan ancho y lejano, que forzosamente nos contaminamos cuando pretendemos ser originales. Y es que América en general tiene una misma conformación física y vegetativa. Su vida de relación tiene tanto de común entre sí que adquiere las características de un solo país, por su origen y tradiciones. A no ser por las diferencias climáticas y la figura del suelo, desde el punto de vista étnico, su mundo vibra al unísono. De tal modo, hoy día resulta difícil establecer diferencias entre una y otra literatura, a no ser por rasgos localistas particulares, que entocan la vida y el movimiento sólo en una mínima parte de su universo.

Las corrientes intelectuales de una época, surgidas en determinado lugar, se bifurcan a todos los rumbos, y de ahí el gran mérito y éxito de la ilustración. Los ombres ya no son representativos sino dentro de la esfera mundial. Los diversos campos de cultura, confluyen a un solo punto representado por el amor al progreso y a cuanto nos rodea. Tanto las instituciones como todos los problemas que agitan al hombre se han cosmopolitizado y sólo un mayor interés por la ciencia y las formas superiores y libres del arte y la literatura, que constituyen el movimiento homogéneo de las culturas, brotan, si con vida independiente, unidas en la espiritualidad. El perfeccionamiento de las colectividades, que apasiona e incita al cultivo de las manifestaciones intelectuales, traduce la vida que pasa en nuestra época de el-

naje considerable con el exilio. La última generación, que surgió con el estallido de la guerra, aun cuando sus valores no están perfectamente definidos, establece un cierto paralelo con la denominada del 98 por los contornos que abarca el desenvolvimiento nacional. El propósito de inmortalizar en estrofas un agesta que viene de antes de los tiempos del moro y guarda unidad continua con el espíritu liberador que se ha propuesto la conciencia española, no tiene equivalente legítimo en otras literaturas, tanto por su cohesión como por la vitalidad significativa y valor poético impreso a tal resolución determinante.

Continuadores de la noble tradición literaria seguida por Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas y León Felipe, los nuevos poetas alcanzan su plenitud, luchando por la perfección poética dentro de su propio estilo, situándolos entre los reformadores de la poesía moderna. Aleccionados por esa inspiración, algunos de ellos sacrifican la pureza de la obra, movidos por los estímulos del combate, pero en conjunto alcanzan una eficaz perfección clásica, redescubriéndose así valores capaces de eternizar al hombre actual en su afán de escribir la obra completa que designe un período de tiempo y espacio. Optimistas, aun cuando la angustia del pensamiento contemporáneo descienda errabundá, aplañada por las consecuencias de las dos guerras, encuentran en la palabra el instrumento riguroso y completo de la plenitud. Transfigurados por la trasplantación a un clima distinto del originario, este movimiento ha experimentado un compás de espera con todos los sinsabores de la acclimatación. Mas el deseo de imponerse a las consecuencias de una huida histórica, escapando a los bombardeos, pronto encontró campo de actividad, retomando las riendas abandonadas. La cultura ibérica, que de este modo se salvó milagrosamente de ser aniquilada por las bandadas feroces del salvajismo internacional, pudo seguir las huellas más puras de la tradición que desde el siglo de oro venía lentamente descubriendo sin cesar los valores más íntimos del genio. Con Cernuda, Rafael Alberti y Nicolás Guillén, la poesía española completa su ciclo evolutivo de ilustración vanguardista, iniciando el retorno a las puras fuentes del lirismo, inspirada por la influencia de Góngora, en su largo recorrido hasta las variaciones de Herrera y Garcilaso, tan disímiles entre sí, pero tan completos en esencia.

Continuadores y renovadores, aun siendo tantos, encuentran en tierras americanas campo propio para el desarrollo de sus especulaciones. La creación de formas y modalidades, prosigue, olvidando ya el pasado, los mismos rasgos de belleza y de pensamiento con expresión de continui-

cuencia avasalladora, donde la palabra adquirió los contornos de instrumento moral como nunca hasta hoy experimentó la historia del hombre. Cuando resulte extraño a esta premisa, necesariamente se desenvuelve en el reducido círculo de una actividad desapercibida. Del mismo modo que toda fuerza ha de expresar su expansión y empuje, así el arte ha de manifestarse en ámbito sin contornos, eufóricamente, libremente, universalmente. Los motivos son comunes a toda colectividad. Sólo pequeños detalles nos distinguen, perceptibles apenas en formas de expresión o por rasgos típicos de nuestra apariencia física. La luz que brota de nuestros ojos, el rictus de nuestro semblante, la seriedad, placidez o candidez que trasciende de nuestra persona, son comunes a la contemplación y a la emoción. El pensamiento que sugiere un carácter, con sus tormentas interiores, que sólo el arte logra traducir o descubrir en una figura o metáfora, constituyen el gran secreto de la belleza estética, cuando el artista está animado por la violencia avasalladora de la inspiración.

★

ROMANCE DE LOS VIENTOS

Pedro Godoy

Viento del río mojado,
viento sobón, del invierno.
Arrebujaado en pañales
de atardeceres enfermos.

Fria humedad que nos lleva
muy cautamente a los viejos.

Tras el tul de la neblina,
los enlutados cortejos,
un cajón con seis manijas
y un sacudón sin quererlo,

★

Nací con el viento norte
zumbón y pegajoso.
Por eso soy inquieto,
desobediente, loco.

¡Oh, viento de lujuria,
oh, viento de los trópicos!

razón que late para seguir maldiciendo al cobarde, más cobarde que la historia de los pueblos ha parido, hijo de madre. Allí cayó en la cuneta para no más levantarse. «Viajero, si vas a España y te acercas por levante busca una casa labriega perdida en los olivares. Con el humo del hogar se lucienzan de paz los árboles y un gallo peleador luce al metal del plumaje cantando, cual yo cantaba, arma al brazo en el ataque. Si vas a España, viajero, vete a encontrar a mi madre y dile que llegué a Francia y que he logrado salvarme. Ne le digas a mi vieja que me has visto agonizante y, si más te preguntara, dale un beso de mi parte y aprétale bien los labios para obligarla a que calle. No le digas que me has visto, tirado aquí, desangrarme, sin que mi aliento postrero se pare a recoger nadie. Dile que abracontrará siempre espíritu para abrazarle. Dile que no lo ve, va; dile que va no trabaje, que para aguardar la muerte con esperarla es bastante, y dile... ¡no puedo más!, dile... que... España ¡es muy grande!»

En términos, si no tan dramáticos, igualmente emotivos, se ha expresado la generación que parte de García Lorca, Angel Lázaro, Alejandro Casona, Rafael Alberti, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre y José Gaos, con esa voz portentosa del pasado histórico literario español, conducido a presencia de los tiempos modernos. Cada uno de estos poetas ha dejado profundas huellas dentro de aquel movimiento propiamente español, más que hoy puede conceptuarse cosmopolita, y con rasgos propios Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, emotivo y delicadamente plástico el primero como metafísico y complicado, si también poeta en verdad, el segundo. Discípulos muchos de ellos de León Felipe, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, en la diversidad de sus facetas cada cual fué formado su propio vocabulario expresivo para volcar su poesía sobre la periferia ibérica. Con Cernuda, La Torre y Miguel Hernández, jamás en España se ha conocido un movimiento literario uniforme similar, equivalente a una resurrección espiritual que hasta la desarticulación producida en 1939 prosiguiera influenciando las nuevas generaciones, cuyos últimos componentes fueron Antonio Agraz, Lucía Sánchez Saornil, Quiroga Pla, Garfias, Viñuales Giner, Rejanos, García Pradas, Ricardo Gullón y otros, sucesores directos de los mejores maestros.

Así en Emilio Prados, cuyo «Llanto de la Sangre» representa las puras tradiciones del romance castellano, hasta los «Romances de «CNT», de Antonio Agraz, la nota es equivalente al esfuerzo por identificarse con lo popular e inundar de vida la sangre ibérica, que experimentó un dre-

¡Oh, viento de la selva
que con pincel morboso,
va dibujando faldas
delante de nosotros!

Que corras por los campos,
desenterrando brotos.
Bailando en remolinos
sobre arenales solos.
Desabrochando incendios,
allá, por los rastros,
acuarelas la noche
de cárdenos pimpollos.

★

Oeste,
viento noche-ro,
color trigoeno, de pajas,
Deslumbre de poblaciones
sobre la noche toldada.
Superstición de lechuzas
y vozarrones de hombrada.
Con angustia de malones
y arrastrar de las tacuaras,
un fiero tropel de potros,
y en cada potro una rabia.
Crespo viento de revuelta
y toques a degollada.

Viento que llega furioso
desde el fondo de la pampa.
Viento de mil colorados
acampando en la Tablada,
con sus barbas renegridas
y apuraditas las dagas.

Rojo viento de tragedia
bajo la noche estrellada.

Descendiendo de los Andes
tumbas pueblos a pechadas.
Hecho ciclón endiablado
en la belleza fantástica
de un zapateo de estrellas.

crtores españoles fuera de sus fronteras es tan asombrosa que recién tanto europeos como americanos se percataron de la inmensa fortuna creada por la península.

Pareciera que antes que una huida en procura de refugio, fuera mas bien una invasion, por las proyecciones que ese aluvión artístico ha adquirido en los respectivos pueblos, repitiéndose así el fenómeno originario que se operó inmediatamente a la conquista de América. En aquel entonces los españoles trajeron voluntariamente con sus abominables prejuicios, la cultura española en cuanto tenía de creadora y fructificadora. Si verdaderamente aquella avalancha adquirió importancia sólo de orden preponderante en algunos pueblos, al punto de seguir siempre las huellas del progreso literario alcanzado por la península, tanto inmediatamente a la conquista como con posterioridad a la independencia, la expedición intelectual que se vio obligada a huir de la barbarie en 1939, tiene significación mucho mayor porque trae los planos, fórmulas y estilos hechos, para plasmarlos en suelo americano. De lo que resulta que la cultura de estos países que han acogido el arte y los artistas españoles prosigue a su vez la obra civilizadora que lo cavernario en España no ha querido. Siempre la tiranía tuvo miedo a toda inquietud de libertad. Las patas del caballo no sirven sino para colocarle herraduras. Resultado de ello es que América encuéntrase en el camino de tener que colonizar a España. Veamos el panorama triste que presenta en las circunstancias actuales, pisoteada su conciencia por negreros y verdugos, que ante la impasividad internacional, fusilan, deguelan y desuellan hombres, componentes de esa juventud que no pudo lanzarse a través del Pirineo o del mar insondable.

(Generación heroica, la que pura culpa de querer ser libre en las mazmorras y cuyo destino no es menos azaroso que al ejercicio de milicias de la cultura que dejan en suelo de distintos continentes, diseminados en versos, cuentos, ensayos, composiciones pictóricas, químicas, físicas, el saber acumulado con la angustia de la inmigración, en un destierro forzoso, frente a la indiferencia de los rectores del mundo. Cada uno de ellos, traza planes para el porvenir, especulando con un futuro remoto aparentemente, pero seguro, de liberación, que permita retornar a la vida pasada en la añoranza, tejer el hilo de la felicidad. Los otros, que no saben sino hacer versos, expresan las mismas o parecidas emociones en forma poética, como Gregorio Oliván, describiendo el éxodo... «Camino de Francia va el hospital ambulante. Hombres sin brazos, sin piernas, mapa de horrores de carne donde el gusano de hierro de la metralia hizo avance y, solo entre tanto muerto, vivo, un co-

ye la sustracción del cuerpo, y del alma humanos, utilizados con fines inconfesables, ajenos a la voluntad y control de los sentidos. La explotación despiadada en nombre de ideologías salvajes que levantan a los vientos banderas ensangrentadas y monumentos a la impudicia y la mentira; el triunfo del cobardé que convierte el egoísmo en virtud y la pérdida total de su yo, con todo el sufrimiento, presenta motivos épicos para construir la futura obra de arte, tarea a la que corresponde abocarse sin demora para redimir al individuo antes que las horas descendían lentamente sobre la armadura de la existencia, envolviéndonos en la oscuridad de la noche, donde la luz no resplandece y los ojos se cierran, cansado el cerebro y rotos de fatiga, para no abrirse jamás.

Tamaña desventura apenas si logró hasta aquí estremecer de espanto la corteza de la comunidad social. El arte y la literatura huyen, despavoridos, y recorren la tierra cubierta de cadáveres, de ríos de sangre y llantos. Por ello, hasta aquí no arrancó al sentimiento otras emociones más edificantes. Apenas si una filosofía de feria, conocida como existencialista, que explota un sistema especulativo de moda, araña apenas la piel del problema, sin enfrentarlo y menos con propósitos de solucionarlo. Golpea a las puertas de todos los vecinos, cuyas casas arden, sin atreverse a restarles auxilio. Su propósito reside en el espectáculo, cual si la humanidad estuviera presenciando una escena de circo, en el que, inevitablemente, cada uno de los espectadores, va siendo, con regocijo, devorado por las fieras. Y en tanto, perdemos algo cada día, para quedarnos cada vez más solos, envueltos en la maraña de tanta confusión, únicamente al amparo de la bóveda celeste.

EL TRAGICO DESTINO DE LA POESIA CONTEMPORANEA

Guillermo de Torre significa que no será aventurado adivinar cómo quedará registrada por los críticos del futuro la literatura que se produzca en los años venideros. «Ostentará un rótulo idéntico en las historias literarias de todos los países» bajo el denominativo de literatura del destierro. La «única literatura del porvenir inmediato es la del cesuero», pues que si el hombre no resuelve el propio problema de la libertad para reintegrarse a su destino social con toda la responsabilidad presente y futura, «si nos sintiéramos pesimistas, podríamos augurar que mañana todas las literaturas estarán en la emigración». Literatura desterrada es la española, que va tomando carta de ciudadanía en todo el mundo civilizado. La lista de poetas y es-

Con chaparrones a baldes,
tras la seca prolongada.

Eres rudo... ¡pero taura!

CESAR VALLEJO

★

CONSIDERANDO EN FRIO, IMPARCIALMENTE...

Considerando en frío, imparcialmente, que el hombre es triste, tose, y sin embargo, se complace en su pecho colorado; que lo único que hace es componerse de días; que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando que el hombre procede suavemente del trabajo y repercute jefe, suena subordinado; que el diagrama del tiempo es constante diorama en sus medallas y, a medío abrir, sus ojos estudiaron, desde lejanos tiempos, su fórmula fármica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo que el hombre se queda a veces, pensando, como queriendo llorar, y, sujeto a tenderse como objeto, se hace buen carpintero, suda, mata y luego canta, almuenza, se abotona...

Considerando también que el hombre es verdad un animal y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...

Examinando, en fin, sus encontradas piezas, su retrete, su desesperación, al terminar su día atroz, borrhándolo...

Comprendiendo que él sabe que le quiero, que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales y mirando con lentes aquel certificado que prueba que nació muy pequeño...

le hago una seña,

y le doy un abrazo, emocionado.

¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...

★

EL DRAMA PAVOROSO DE LA CULTURA UNIVERSAL

Romain Rolland, el discípulo más completo del ideal tolstoyano, ha sabido presentar en su grandeza moral esa confianza en el hombre, a través de las vidas de los grandes precursores de la humanidad moderna. Obedeciendo a un imperativo moral, hizo abstracción de los factores negativos que condicionan, en los terrenos político y económico, el desarrollo de las corrientes idealistas. Encadenados entre sí, los problemas vitales que sacuden el alma, fueron tratados con dureza en cuanto destruyen los caminos de la cultura, víctima inmolada en el altar del interés ganancial. Francia, en la generación inmediata posterior a la primera « guerra púnica » volcó sus sentimientos en lo que parecía un renacimiento de la civilización europea. Un movimiento intelectual de vastos alcances, que abarcó a toda Europa, puso de relieve el deseo vehemente de auspiciar una reconquista de los valores perdidos. Producto de aquel espíritu genial, que inmortalizó las figuras del arte más sobresaliente de los últimos tiempos para traernos su mensaje de fraternidad, fueron Ernest Glaeser, Stefan Zweig, Thomas Mann, Leonard Frank, Arnold Zweig, Erich Maria Remarque, Henri Barbusse que, dentro del campo de la literatura dieron cuerpo a un movimiento trascendental de la nueva cultura europea. La obra de estos escritores iniciaba la recuperación de la bondad que se había salvado de la consunción en las trincheras. El alma humana había surgido de allí, despedazada, pero resuelta a poner un punto final a tamaña catástrofe. Su influencia abarcó los más diversos campos intelectuales, puesto que, con Louis Aragon y Apollinaire, dulcificó en poesía el mundo renaciente y en las artes plásticas inspiró las creaciones que, partiendo de aquella convalescencia, entablaron animado debate entre las ideas estéticas.

La consecuencia de factores negativos, disociados de la conducta general, anularon en parte aquel esfuerzo juvenil en cuanto de sano y provisorio en él había. La precipitación

nocimiento espiritual y la libertad de remontarse, desde lo más íntimo de los sentimientos hasta el lejano empuje, de modelar la conciencia e inundar nueva vida para administración de la posteridad, está su victoria y su triunfo.

«El Cero y el Infinito» y «La Hora Veinticinco» son los dos documentos más trágicos de esta civilización que redujo a cero al individuo. Es decir, a uno menos uno, equivalente a nada, a lo que no existe. Porque desprovisto de cuerpo y de alma actúa como máquina, huído ya del dolor, sin que interese el día o la noche, si procede bien o mal, si adora o mata. Rotos los resortes del control sensitivo, los personajes son elementos arrancados de ultratumba, movidos por acciones mecánicas que obedecen a las fuerzas del enemigo. Su cuerpo, despojo de lo que fueron, ya no les pertenece, ni la tierra que pisan, el oxígeno, el sentir ni el mirar. Pero son dos realidades lacerantes, alchadas, atrocemente escalofrantes, símbolos de una época despreciable por su crueldad, en que hasta el tiempo conspire contra la carne gimiente. Arrancados del estado social, cuyos estratos representari, su conducta destructiva, varcando la sepultura de los hombres y de las instituciones.

Tales obras son los embajadores de la angustiosa pesadumbre del ciudadano modesto, que no toma partido en las contiendas y, por lo tanto, víctima propiciatoria elegida para el sacrificio. La sociedad moderna se alimenta de carne muerta. Si no encuentra víctimas para sus orgías por los rasgos combativos que presenten — que le proporcionen motivos realistas para el espectáculo, como lo hicieron con el hazareno — las tomarán del montón anónimo, exista motivo o no para la inmolación. El caso es arrojar carne a las fieras, para alimentar el morbo del bajo instinto animal. Esos dos libros, cada uno en su lugar de residencia, simbolizan nuestro mundo presente, con todos sus horrores y tormentos. Mas no es de este cuadro de horrores donde el hombre puede cifrar el porvenir. La obra, no por plástica puede ser constructiva. Nuestro mañana tendrá que hacer un gran esfuerzo de voluntad para olvidar, para cerrar las páginas de la historia de tanto padecimiento y utilizar otros materiales más eficientes para construir el nuevo arte, recurrir a otros expedientes imaginarios, porque la misma representación del hombre, vuelto al revés, no logra volverlo a la realidad humana.

La inmensidad de contornos de la tragedia no arrancó otras páginas tan dramáticas. El tema es amplio y presenta multitud de facetas, visto desde cualquier ángulo de la tierra. El desastre mortal, cuyas responsabilidades alcanzan a toda la sociedad, degeneró en descenso vertical hasta al rajujo, asociado con el crimen horrible, como lo constituyeron

57 —
— 02 —
— 71 —

tra organización racional. Tanto Ghiorgiu, como Kœestler y Walter Jens nos presentaban ese mundo irreal por lo verídico, fantástico por lo doloroso, falaz por la crudeza de las acciones, mentiroso porque parece increíble que el hombre haya tenido que descender a tal punto, y porque tal sea su resistencia física y moral para soportar tamaño martirio, sin una causa ni principio que compense ni remotamente tales sacrificios.

El ideal cristiano ofreció por boca de sus evangelistas la salvación de los pecadores. Quien hiciera acto de contrición podía lavar su alma siguiendo la nueva doctrina. Había allí una esperanza de salvación, y está visto que la débil figura del hombre aspira a interpretar su conciencia y convertirla en aliada, al confiarle sus secretos más íntimos. Habría en ese ideal de superación motivos harto valerosos para ofrendar la vida en martirio. Mas en nuestros días, el aborrecible materialismo, enarbolado como falso ideal, sigue en derrota delante del individuo. Por obra de un determinismo egoísta, al que ciegameamente obedece, después de negar los valores históricos, arrasa con los restos normales de la personalidad para cargarla de cadenas. En cualquiera de ambos campos de la lucha, las características de ese destino crudelísimo son idénticas, pues que todo consiste en ubicar los factores, en una u otra posición, según el punto geográfico en que se encuentren. El martirio se exige de diferentes modos, pero obediendo al único denominador común de someterse a la inflexibilidad de las disposiciones o a la crucifixión, tributo que el raciocinio debe pagar por el delito de imaginarse un mundo mejor para el porvenir.

— 74 —

La cultura se encuentra asediada por dos ejércitos enemigos que la atacan desde extremos opuestos, y no para su salvación, sino para su destrucción. Ambas fuerzas se complementan, pues que están determinadas a un mismo fin. Los colores de sus banderas son distintos, pero su acción está unificada y perfectamente planificada de mutuo acuerdo. Políticamente no está lejano el día en que lleguen a confundirse y fusionarse, porque tal es el destino de dos enemigos poderosos que, midiendo sus fuerzas, antes que aniquilarse, optan por una transacción comercial para repartirse amigablemente el botín. Desarmado y entre dos fuegos, el genio creador tiene que resistir las embestidas y soportar a pie firme, con todo el altruismo y valor ecuménico que cumplidamente lo está haciendo al avance victorioso de los bárbaros. Su única resistencia descansa en la imaginación, en el juego multiforme de las especulaciones, factores que el enemigo no tiene capacidad para medir ni juzgar. En esa cualidad, que representa el dominio del co-

cción de los acontecimientos, que se fueron sucediendo con ininterrumpida relación de continuidad, obediendo a un plan estratégico previamente establecido, detuvieron el avance de aquel movimiento, mas no alcanzaron a aniquilarlo, pese a la gran tragedia posterior que envolvió en el conflicto a toda la población mundial. La situación, tal cual la palpamos en estos instantes, nos impide restablecer contacto con el alma rusa, que a principios del siglo trajera a la vida intelectual europea ese inmenso caudal de ternura de que son testimonios elocuentes la profunda obra literaria de sus escritores y poetas. Desterrador en una tierra dividida por fronteras convencionales, separados de nosotros por una barrera de alambres de púas electrificadas, ignoramos la suerte de Fedor Gladkov, Alejandro Serafimovitch, Alexis Tolstói y toda una generación de contemporáneos que, cultivados en las grandes virtudes de un Nicolai Gogol, Antón Chejov, Joan Turguenev, Fedor Dostoiévski, Máximo Gorki, León Tolstói, Alejandro Puchskin, Iván Gontcharov y cien más, remozaron con una labor sin precedentes, por la cantidad y la calidad de su obra, la literatura mundial, que un país lejano, como procedente de los confines de la tierra, que gemía y gozaba de la vida, experimentaba quebrantos y su corazón latía al mismo ritmo del nuestro, con los mismos sentimientos, emociones e inquietudes.

En relación de ideas, otro movimiento de enorme pujanza se inicia del otro lado del mar. Al calor de esas corrientes es esta vez en tierras lejanas de América donde los discípulos del viejo humanismo europeo actúan con libre independencia, herederos de las civilizaciones autóctonas, identificados con los principios morales eternos. La cultura humanística había logrado extenderse y fructificar en suelo virgen, siguiendo las rutas de la civilización. Una promesa, por el espíritu vigoroso que recibieran de la revolución, cor ardor de independencia, fué malograda por los hechos trágicos que volcaron esa actividad artística en el gran conflicto de los últimos años. Habiendo experimentado en propia carne las consecuencias de la primera guerra, en contacto con los combatientes europeos, habían comprendido la necesidad de reivindicar la memoria y el martirio de sus padres y hermanos. Obedeciendo a ese imperativo moral, comprendieron que únicamente por el esfuerzo creador los pueblos pueden sobrevivir y alcanzar la eternidad. Y, por contacto con los secretos de la belleza y del arte, descubrieron la verdad y los fundamentos de la libertad que sus abuelos dejaran jurídicamente grabados en las páginas de la revolución.

Así han surgido a la actuación figuras de tanto relieve

como Formulo Gallegos, Waldo Frank, Ricardo Guiraldes, Upton Sinclair, Mariano Azuela, Ricardo Rojas, John Steinbeck, José Carlos Mariategui, Mac Leist, Baldomero Sanín Cano, Sinclair Lewis, delante de toda la generación de animadores que habia comprendido y vislumbrado un mundo futuro para el disfrute y la satisfacción del trabajo liberado. Tanto en literatura, como en pintura y arquitectura, los habitantes de los páramos y las cordilleras asistían al milagro de la resurrección del espíritu por obra de cultura, que habia inundado a raudales la feracidad intelectual, aportando al acervo del universo los valores arrancados a la tradición, volcando en esa labor artística las pasiones más caras del alma.

El drama de un pueblo termina consternando a toda una colectividad. Confundidos en el dolor, el hombre americano comprendió en sus alcances las proyecciones de la contienda en igual medida que la necesidad de arbitrar recursos para impulsar los destinos de la civilización humana, en contraposición con el materialismo frío y egoísta de los tiempos en que la tristeza puso negro crespón sobre las conciencias. Prescindiendo de los viejos cánones, contrapuso, en una obra de arte que voló en el torrente intelectual de las comunidades más exigentes en materia artística, los principios inalterables de la condición estética. No obstante, invadido el continente por la violencia de los acontecimientos, propagados por agentes endémicos, la creación del genio ha sido crudamente martirizada. La realidad palpable en otros países, más allá del océano, ha ejercido una presión gradualmente similar. Y los hombres que del arte habian hecho un culto fueron sometidos al rigor de la ley, inflexible en cuanto a los preceptos de la moral, porque todo producto de la inteligencia invariabilmente conduce a ese destino. El desarrollo intelectual experimentó las consecuencias del atavismo histórico. Fuerzas primitivas que permanecían agazapadas entre las malezas del instinto animal, surgieron en acción amenazante y b. lloosa. Haciendo abstracción de cuanto implica un respeto a los valores de la conciencia, no resultó difícil aplastarlos, trabando su libre desenvolvimiento. Abiertas así las venas del cuerpo social, la cultura fenece lentamente, en perjuicio de la riqueza intelectual y la gloria de las naciones y los hombres.

El catolicismo adquirió contornos universales. De un lado dictaduras bramantes que, abjurando de cuanto hay de eterno en las civilizaciones que nos precedieron, por esteriorio fuera de época y del tiempo en que el ser humano es traducido en elemento mecánico, impone la condición de crear una obra de arte simétrica a normas y regímenes. Lo que se aparte de ese imperativo es lapidado con ferocidad

salvaje. El razonamiento de que la obra de cultura es producto de épocas, pero tiene aplicación en cualquiera de ellas con tal de que su fondo presente los rasgos fundamentales de la perfección, es un absurdo. De otro lado, aunque menos virulenta, la acción se dirige por conductos de convencionalismos distintos que la política militante encausa hacia clases y preconceptos. Y lo que debería responder en absoluto a simples reglas de arte, evoluciona tristemente en dirección contraria. Solo así se explica que una civilización con tan pesada carga intelectual como arrastra su historia milenaria a través de los tiempos, desembogue en creaciones banales que inundan el consenso del hombre moderno, desprecupado desde entonces tanto por sus asuntos personales, incluso su indumentaria espiritual, como por los de su ciudad o aldea y los de su propio lugar en la naturaleza.

La regla no tiene aquí excepciones puesto que guarda estrecha relación de continuidad en cualquier esfera del mundo social. Los documentos conocidos de uno y otro extremo de la tierra, hoy dividida en dos zonas de influencia, adolecen de los mismos defectos, según el punto en que se ubiquen. Lapidada la literatura como arte de función social y moral, prolifera una creación periodística de corte político, cuya aventura es la misma de siempre, con los argumentos más desastrosos y procaces. Existiendo un plan preconcebido de alimentar las mentalidades potres para que no se deriven hacia los sanos preceptos del altruismo, que autómáticamente provocan un estado individual de independencia, los tiempos modernos alimentan con tal levadura los bajos sentimientos morales. Es indudable que no puede hablarse con respeto de una obra de arte ni algo parecido, porque implica un retroceso en el curso normal de los tiempos, que conduce a la presente generación por los mismos pasos del primitivismo ancestral, como de regreso a las cavernas.

El hombre sensato no puede ver con pasividad este avance de la barbarie escalofriante, sin pensar que hasta el don de la palabra se menosprecia y la luz de la inteligencia se apaga para resucitar el grito ululante de las fieras en la profunda noche del oscurantismo. Tres siglos aparecidos después de la última catástrofe, ponen duda sobre la conciencia humana. «La Hora Veintichco», «El Cerro y el Infinito» y «El Mundo de los Acusados» son una real y cabal interpretación de la inmensa tragedia de nuestro siglo dolorido. Si el alma del individuo carcelera de otros siglos, poderosos por fortuna, como para enfrentar el caos y sobreogerse a reparo de la tormenta, habríamos pensado en un suicidio colectivo al que fatalmente se inclina nues-

Vidas apasionadas

Jack London

A fabulosa historia de Jack London, novelista y aventurero de fama mundial, cuya personalidad, formada de los rasgos más contradictorios y de la más asombrosa combinación de genio y locura, hizo de su vida, algo más fantástico que cualquiera de sus novelas.

El día 12 de enero de 1876 nació Jack London, hijo de Flora Wellman y del profesor Chaney, nombre que sólo llevó unos meses, pues su padre lo abandonó antes de nacer, y solamente cuando su madre contrajo matrimonio con el viudo John London, llevó el nombre que le iba a hacer famoso.

Años más tarde Jack London solía afirmar que él no había tenido niñez, y que sus primeros recuerdos, eran de una vida atormentada, por la pobreza crónica, sin embargo cariño no le faltó. Si bien es cierto que Flora, su madre, carecía de instinto maternal, en cambio Elisa la mayor de las dos hijas de London, cobró profundo afecto al muchacho y se encargó de su crianza. Elisa tenía entonces ocho años, y ya era una personita seria y responsable y no flaqueó nunca en su sagrada misión hasta el día de la muerte de Jack. Además, una vecina negra, la señora Jeny Sentis, que acababa de perder a su hijo, hizo de nodriza, de madre adoptiva y amiga de Jack, quien desde sus primeros días estuvo muy bien cuidado entre Elisa y mamá Jeny.

A pesar de todo no puede negarse que su niñez fué muy dura. A los once años, debido a la prolongada cesantía de su padastro, cayó sobre sus hombros la responsabilidad de atender a la manutención de la familia. Levantábase antes del alba a repartir diarios, trabajo que reanudaba por las tardes a la salida de la escuela. Los sábados trabajaba ayudando al distribuidor de hielo y los domingos día y noche pasaba las bolas en una boleara pública. Aprendió a conocer la vida riñendo con los demás repartidores de diarios, presenciando peleas en las tabernas, y mezclándose entre la muchedumbre del muelle de San Francisco, entre balleneros del Artico, cazadores de los mares del Sur, contrabandistas de opio, juncos chinos y en negrecidos vapores de carga.

Su pasión de los libros, insaciable en él desde muy temprano, la compartía en la contemplación del gran amor de toda su vida: el mar.

A los trece años vióse Jack obligado a abandonar la escuela para dedicarse a trabajar y durante un año estuvo barriendo tabernas, y haciendo trabajos parecidos. No había cumplido aún los quince años, cuando obtuvo un empleo permanente en una fábrica de conservas, a razón de diez centavos de dólar por la hora. La jornada más corta era de diez horas y en ocasiones trabajaba hasta dieciocho o veinte por día. En el transcur-

so de aquellos duros meses, cuando el cansancio no le dejaba ni siquiera abrir un libro por las noches, solía preguntarse si la vida no tenía más objeto que matarse trabajando como una bestia de carga.

En cuanto se enteró que French Frank, viejos pirata, deseaba vender por trescientos dólares su balandro, la «Razle Darke», Jack concibió un plan y voló a confiárselo a mamá Jeny, empleada entonces como niñera, y le pidió prestado el dinero, y ella le dijo que cuanto tuviera estaba a su disposición.

Aquella noche Jack tomó parte en su primera invasión a los criaderos de ostras. Al amanecer el nuevo patrón regresó a toda prisa para aprovechar temprano el mercado de Oakland, vendió sus ostras y comprobó que en una sola noche había ganado tanto como en tres meses de trabajo en la fábrica de conservas.

A medida que transcurrían las semanas fué granjeándose el respeto de los rudos piratas de ostras. Era un chico sociable. Cuando los amigos se emborrachaban, cosa frecuente entre aquella catterva de inveterados bebedores, el neófito de quince años, ansioso de probar que era tan hombre como cualquiera bebía en competencia con todos ellos. Pero de tanto en tanto iba a la biblioteca de Oakland, escogía un buen lote de libros, se encerraba con llave en su camarote, para evitar la burla de sus palurdos compañeros, y tendido en la litera, se pasaba las horas muertas devorando un libro tras de otro.

Cierta madrugada hallándose completamente ebrio, trató de trepar a bordo del balandro, y cayó al agua. Entontecido por las brumas del alcohol, concluyó que morir ahogado sería una espléndida culminación de su vida, tan corta pero tan llena de emociones. Peramneció de espaldas bajo el resplandor de las estrellas, viendo alejarse las luces familiares del puerto, y despidiéndose de ellas con tristes adioses. Pero el agua fría le despejó la cabeza, y pensó entonces que mejor sería no morir. Un pescador griego que regresaba a Vallejo, lo izó inconsciente a bordo. Con esto puso fin, por muchos años, a la funesta costumbre de borracheras desmedidas.

Cuando tenía 17 años, y era un mozo, fornido, corpulento y audaz, ansioso de conocer el mundo, se alistó en la goleta «Sofía Sutherland», que iba a la caza de focas en Corea, Japón y Siberia, y fué su consagración como marino. En tierra acompañó a los demás marineros en sus consabidas visitas a las tabernas, se emborrachó ruidosamente, como ellos, despilfarró el dinero, y en general se comportó como un viejo lobo de mar.

El pánico financiero de 1893, había sumido el país en profunda depresión y Jack no pudo encontrar otro empleo que el de ayudante en una fá-

brica de cerveza con el jornal de un dólar por diez horas de trabajo. A los 17 años, con apenas una educación elemental, tomó parte en un concurso literario, del diario «Call» de San Francisco, con su relato «Un tifón frente a la costa del Japón» y se ganó el primer premio, de 25 dólares.

Luego de varios meses en la fábrica, cambió de trabajo, y se fué a la planta de tranvías de Oakland y el intendente lo contrató a 30 dólares al mes, con un solo día de descanso mensual y consistía su trabajo en pasar carbón a las obreras encargadas de alimentar las calderas. Tenía que hacerlo tanto para el turno del día como el de la noche y esto lo forzaba a trabajar furiosamente a fin de adelantarse a los trabajadores del día y acumular así la provisión necesaria de combustible para las que trabajaban de noche. Era aquella una jornada asesina de trece horas.

Por fin uno de los fogoneros se compadeció de su situación y le informó que siempre habían dispuesto de dos operarios, uno para el turno de día y otro para el de la noche, y que a cada uno de ellos les habían pagado a 40 dólares. Al presentarse Jack en demanda de empleo, el intendente, había despedido a los dos trabajadores, para contratarlo a él y darle el trabajo de ambos. Pocos días después un diario de Oakland, anunció que uno de aquellos hombres, cuyo puesto había ocupado Jack sin saberlo, casado y con tres hijos, se había suicidado por no haber encontrado trabajo. Jack disgustado tiró la pala y renunció al asesino empleo.

En abril de 1894 el desempleo había asumido proporciones alarmantes, y Jack salió, en un tren de parados que iban a Washington, a pedir al Congreso trabajo a los parados. Pero en Omaha, los ferrocarriles se negaron a llevarlos más lejos, y Jack continuó rumbo al Este y para mediados de verano había llegado a Nueva York. Por las mañanas recorría las calles mendigando comida y las tardes las pasaba en el parque. Su cena eran dos o tres vasos de leche helada a 1 centavo. Como dormía a campo raso, un policía lo detuvo, fué arrestado por vagancia y conducido a la cárcel. A la mañana siguiente fué condenado con otros 15 a un mes de trabajos forzados. Vió a presos que eran víctimas de ataques a puñetazos; otros que enloquecían, algunos a quienes se les arrojaba escaleras abajo, y varios que fueron muertos a latigazos por sus verdugos.

Conoció a centenares de hombres, oyó la historia de sus vidas, comprendió su forma de pensar y de sentir y, cuando por fin se le concedió la libertad, cogió un tren de carga que iba rumbo al Oeste y así empleó varios meses en regresar a San Francisco, cogiendo otros trenes como aquél.

Jack London gozaba de buena salud vigorosos músculos y un estómago capaz de digerir aldabas. Se veía envuelto en una continua lucha por la vida venciendo por puro dominio de la fuerza, pero había oído la historia de muchas vidas que comenzaron casi lo mismo que la suya, pero que no llegaron a ninguna parte. Habiendo resuelto vivir de la inteligencia, resolvió ingresar en la Universidad de Berkeley en California.

Tenía 19 años cuando empezó a su primer año de

Universidad, vistiendo un traje bastante estropeado, de una talla que no era la suya, y camisa de lana. Allí conoció a Eduardo Aplegarth, hijo de una culta familia inglesa domiciliada en Oakland. Aplegarth le presentó a su hermana Mabel, de quien se enamoró Jack con toda la rapidez y espontaneidad de su naturaleza fogosa. Mabel era una criatura etérea, de grandes ojos zarcos y una espléndida cabellera rubia. Tenía una voz de exquisita dulzura y una risa musical que hechizaron a Jack.

Más tarde Jack se afilió al partido socialista de Oakland, de reciente fundación, y fué arrestado por haber hecho una arenga en la plaza pública sin permiso de la autoridad. Este incidente hizo que se le cerraran las puertas de muchas casas, pero los Aplegarth siguieron recibéndolo y aun que a Mabel causó gran desazón aquel arresto, su amistad no se alteró. Sin embargo su situación era desesperada, y los sábados y domingos trabajaba en podar los céspedes, sacudir tapices y hacer comisiones, y después de las clases se quedaba a barrer los pisos y fregar los retretes.

Dándose cuenta que era una lucha sin esperanza, en el verano de 1896 viéndose como en un callejón sin salida, la casualidad le abrió un camino: el descubrimiento de oro en el Klondike en Alaska hacia donde marchó.

En junio regresó Jack a casa. Llegaba sin un céntimo, no había sacado de las minas de Alaska ni una onza de oro, pero estaba destinado a ganar más dinero con la fiebre del oro que cualquiera de los ambiciosos que denunciaron las minas en las quebradas de Bonanza.

Mabel y Eduardo Aplegarth le dieron una comida de bienvenida. Después de 16 meses de ausencia encontró a la joven más bella y atractiva que nunca.

Una vez que los demás invitados se hubieron despedido, Mabel amortiguó las luces, tomó a Jack de la mano, y lo condujo al piano para cantarle las canciones que le había cantado cuando se conocieron, y él no podía equivocarse al reconocer en aquellas sentimentales canciones, una confesión de que era correspondido, pero no se atrevía a hablar hasta que pudiese ofrecerle algo más que ropa de segunda mano y hambre.

Comenzó a escribir con verdadera desesperación, mientras trabajaba al mismo tiempo en lo que podía. Cierta día recibió una carta de una revista del Este llamada «El Gato Negro». Era del director que le remitía un cheque de 40 dólares por uno de sus escritos.

En julio de 1899 alcanzó la verdadera categoría de escritor profesional, sus cuentos y artículos aparecieron en cinco periódicos distintos, a la edad de 23 años, y sólo nueve meses de trabajar de la pluma. Antes que terminara aquel año, se le ofreció la gran oportunidad. Había escrito una extensa narración titulada «Odisea en el Norte», que había tenido la audacia de remitir al «Atlantic Monthly», a la sazón la revista literaria más presuntuosa, exigente e inaccesible del país; pero el director le alabó y le ofreció 120 dólares por él. La casa editorial asociada al «Atlantic Monthly»

convino en publicar en la siguiente primavera un libro de sus cuentos.

Algunas noches después, Jack se encontraba en su cuarto rodeado de manuscritos, libros y notas para un centenar de cuentos futuros y faltaban pocas horas para el nacimiento del siglo XX. El reloj anunció la medianoche y el joven sacó la bicicleta y emprendió en la obscuridad el camino de 655 kilómetros para ir a San José, donde vivía entonces Mabel. ¿Qué mejor manera de iniciar el siglo que casarse con la mujer amada?

La señora Aplegarth, nunca había querido tener a Jack por yerno, pero cuando éste le mostró el primer ejemplar de «Odisea en el Norte» cambió de opinión, y accedió al matrimonio pero con una condición: que Jack prometiera no separarla jamás de su hija.

Fue esta exigencia motivo de disputa entre el pretendiente y la presunta suegra, y Mabel permaneció neutral, pues la madre la dominaba por completo, y Jack por su parte no quiso inclinarse y el compromiso de matrimonio quedó en el aire.

En febrero, ocurrió un incidente que habría de poner término a esta situación tan penosa. Fred Jacobs, amigo de Jack, murió repentinamente y en el enterramiento Jack conoció a Besie Madern, linda muchacha irlandesa que, había sido la novia de Fred y con ella había tenido una vieja amistad. Mabel, quien pidió a Jack hiciera lo posible por aliviar el dolor de la infortunada joven. De ahí a poco las visitas de Jack a Besie se hicieron más frecuentes y los domingos solían pasearse por los bosques. Resolvieron casarse a propuesta suya que ella aceptó, estaban convencidos de que podrían formar un hogar sólido y tener una familia ideal.

Paréceme como si el matrimonio le hubiera traído suerte, puesto que en la primavera Jack logró al fin que la revista «Mc Clues» le aceptara tres cuentos por los cuales le pagaron 300 dólares. Poco después su primer libro de cuentos «El hijo del lobo» que encontró una acogida favorable de la crítica, en vista de ello Mc Clue convino en enviar a Jack un cheque mensual de 125 dólares durante cinco meses; para que pudiera dedicarse a escribir una novela.

Así escribió «La gente del abismo», obra descriptiva clásica, sobre los desheredados de la suerte, a la cual siguió «La llamada de la selva» y «El lobo de mar». Jack envió la novela «La llamada de la selva», al «The Saturday Evening Post», que la aceptó en una carta muy elogiosa acompañada de un cheque de dos mil dólares.

Besie le había dado dos hijitas, y Jack London se sentía feliz, pero también frecuentaba su casa, una joven Charmian Kitredge, que no era bonita pero su apostura era arrogante y provocativa. Era instruida, nada convencional en su forma de pensar, era muy hábil pianista, y poseía un gran valor físico.

No tardó mucho en llegar lo inevitable, y una tarde Jack se aproximó a Besie y le dijo: Besie te voy a dejar. ¿Es que vas a regresar a Piedmont? No, es que te voy a dejar... que me voy a separar de ti...

Durante los dos primeros años Jack y Charmian observaban mucha discreción en sus relaciones, y

por temor al escándalo que se armaría, si se conocía la causa de la separación, se veían una o dos veces por semana y cuando no podían estar juntos se escribían un torrente de cartas.

Charmian se hallaba honradamente convencida de que Jack no podría ser feliz en su matrimonio con Besie y que era ella la esposa que él necesitaba, alguien que lo comprendiera, lo sostuviera, lo apoyara, alguien en fin que pudiera vagar, aventurarse y arriesgar con él, sin amarrarlo a la monótona rutina de la casa.

El 22 de abril de 1907, Jack levó las anclas con el «Smart», un yate, con el fin de hacer un viaje alrededor del mundo, iban él, Charmian, un tío de ella, Roscoe Eames, Martín Jhonson, un estudiante, Herbert Stoltz y un camarero japonés y ninguno de ellos, salvo el propio Jack, no sabían siquiera arriar una vela.

Visitaron las islas Hawai, de Fidji, las Salomón, pero enfermó y tuvo que hospitalizarse en Sidney, Australia donde pasó cinco meses de convalecencia y vendió el «Snark» por tres mil dólares, que le había costado unos 20.000 dólares.

De regresó a San Francisco después de andar dos años errante por el mundo, dijo a los periodistas: «Estoy cansado hasta lo indecible y he vuelto para descansar de verdad».

Empezó a trabajar en «Aurora espléndida», novela audazmente concebida que tiene por escenario la Alaska y San Francisco, vendió el mejor de sus cuentos de boxeadores: «Un trozo de carne». Cuando se editó «Aurora espléndida» millones de personas se encantaron de su lectura y volvió a ser el favorito del público.

Seguro de que no había perdido nada de su capacidad creadora y deseoso de celebrar dignamente la próxima maternidad de Charmian, Jack comenzó a poner en obra otro de sus grandiosos sueños: la casa en que pensaba pasar el resto de sus días, y para la cual escogió un sitio magnífico en un desfiladero de Hill Ranch, un proyecto de casa con la enormidad de 23 habitaciones y a la que pondría de nombre la «Casa del lobo».

Escribió «John Barleycom», novela autobiográfica que tuvo millones de lectores. «John Barleycom» fue uno de los factores que ayudaron a imponer en 1919 la prohibición de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos.

Mientras más estudiaba la agricultura en California más antieconómica le parecía. Tanto él, como su hermanastra Elisa, tenían invertidos todos sus recursos en métodos científicos de labranza.

Sembró en sus campos algarrobos y ciento cuarenta mil eucaliptos, una madera dura que según Jack tendría mucha demanda en la construcción. Compró caballos, ganado vacuno, cerdos y cabras todos de pura raza, su plan consistía en vender parte de estos ganados, después de algunos años de selección rigurosa a los granjeros vecinos a precios muy bajos.

Ganaba unos setenta y cinco mil dólares anuales con sus escritos, pero gastaba más de cien mil. Todo cuanto tenía estaba fuertemente empeñado, hasta su propio porvenir, todo y explotando a los trabajadores pues de él dependían una serie cada vez más creciente de parientes, parientes de

sus parientes, amigos y amigos de sus amigos, holgazanes y parásitos de todas clases.

Para el mes de agosto de 1913 Jack London había gastado ochenta mil dólares en la «casa del lobo» ya casi terminada, y el día de la inauguración el 19 de agosto, un campesino despertó a las gentes al grito de «fuego» y a los pocos minutos llegó Jack anhelante, con el cabello revuelto. Detúvose de pronto en el altozano donde tantas veces se había sentado con los obreros italianos a cantar y beber vino y tenía ahora a la vista un infierno rugiente. Nada podía hacer, sino estar ahí de pie dejando rodar sus lágrimas, contemplando cómo desaparecía en humo, uno de sus más grandes sueños.

Cuatro días estuvo en causa postrado, abatido, luchando con la amargura que le producía el convencimiento de que la «casa del lobo» había sido intencionalmente incendiada por alguna persona que le debía favores.

Lo primero que hizo cuando se levantó de la cama fue ir a caballo a ver el esqueleto de magnífica piedra roja que se proyectaba contra el cielo azul de Sonora. Debía más de cien mil dólares, y ahora la mayor parte de esa suma era una pérdida total; la idea del trabajo creador que debía realizar para el pago de esa deuda era como una losa que le oprimía el cerebro.

Volvió a la anterior rutina. Todo estaba como siempre había estado pero ahora lo veía desde un ángulo muy diferente. Llamó a la gratitud de los centenares de hombres y mujeres que en total, habían recibido de él, más de cincuenta mil dólares, sólo recuperó cincuenta.

Por primera vez preguntó si sus amigos no se estaban burlando de él. Sus pensamientos se hicieron cada vez más amargos y sombríos. Sin embargo, en ese año de 1913 llegó al apogeo de su carrera. Cuatro novelas suyas, se publicaron en forma de folletines en las revistas, mientras que en forma de libro, aparecieron otras cuatro, entre ellas dos de las más famosas que escribió: «John Barleycorn» y «Valle de la luna». Estos éxitos extraordinarios hicieron que entre los editores se le reputara no ya como un simple escritor de moda, sino como una de las grandes fuerzas literarias del país.

Pero su salud iba decayendo a diario. Aquella máquina poderosa que era el cerebro de Jack London, después de haber producido 41 libros en catorce años, comenzaba a fatigarse y a perder pre-

cisión. Durante toda la vida, si se exceptúan las orgías de la juventud cuando era pirata de ostras, había sido capaz de beber, lo mismo que prescindir del alcohol a voluntad, pero ahora la cosa era distinta. Encerrado en un horrible círculo vicioso, la enfermedad lo hacía beber y la bebida lo enfermaba, antes la gente lo veía beber, ahora lo veía bebido. La única fuente de paz y alegría para él, era la finca de campo.

En su mente apuntaba ya una nueva idea, la extensión de su proyecto de granja modelo. Estos planes tropezaron con mala suerte desde el primer momento. Toda su colección de cerdos finos pereció. El toro semental ganador de premios, y fundamento de su rebaño, se desnucó. El rebaño de cabras de Angora fué barrido por una epidemia. El caballo semental de raza Shire, ganador de la cinta azul, a quien Jack London amaba como si fuese un ser humano, lo hallaron muerto.

Derrotado. Estaba derrotado y bien lo sabía, pero no iba a confesarlo a los cuatro vientos. El arte de escribir, que le infundía vida como la sangre en las venas y el aire en los pulmones, le parecía ahora un veneno.

Cuando terminó «Tres corazones», escribió: «Este cuento es una celebración. Al terminarlo cumpla 40 años de edad, ajusto 50 libras de mi pluma y completo 16 años de estar en este oficio de escribir».

Lo que nadie sabía, fuera de Elisa, es que le torturaba el temor de enloquecer. Sentía la cabeza demasiado cansada para trabajar, y sin embargo debía escribir todos los días, para poder pagar sus deudas. Temía que el cerebro no resistiera aquel esfuerzo y muchas veces suplicaba, «Elisa, si me vuelvo loco, prométeme que no me enviarás a un manicomio».

El martes 21 de noviembre de 1916, terminó sus planes para salir a Nueva York al día siguiente y se fué a acostar. A la mañana siguiente el sirviente japonés, se presentó con expresión de terror en la habitación de Elisa. En el dormitorio encontró a Jack inconsciente, en el suelo había dos tubos vacíos, en la mesa un papel con números, era el cálculo de una dosis mortal de morfina. Jack murió aquella noche.

Así murió el genial escritor, que con sus obras deleitó a generaciones de lectores del mundo entero y que hizo de su vida algo más fantástico que cualquiera de sus novelas.

R. GARCIA

«Vivo mi vida; cultivo
mi psiquis con fuerzas nuevas
y, cuando la Explotación
quiera echarme otra cadena,
una voz me bastará
para mandarla... a la...»

« Romancero de la Libertad »

GREGORIO OLIVAN

Opresión y revolución

(Continuación)

LA POLITICA, COMPLICE DE LA OPRESION

No sólo la política, también la religión puede ser cómplice opresivo. El peligro de la religión institucionalizada consiste en que puede dar lugar a la opresión. Ya aludimos a este hecho. Aquí la explotación y el poder no sólo se ejercen de un modo directo —por dependencia de unos con respecto a otros, a través de una especie de monopolio religioso— sino también a través de la su-gestión.

En «El séptimo sello», se puede apreciar esta segunda manera de oprimir —mágicamente— a los fieles. Después de una larga procesión, donde los penitentes, obsesionados por la muerte, se infligen toda clase de mortificaciones y dolores físicos, el sacerdote aprovecha la extenuación física y psicológica para procurarles un miedo horrible al Juicio. En ese momento —tan magníficamente logrado por I. Bergman— el sacerdote se ha adueñado de las multitudes, a través de la sugestión. Eso sucedió en la Edad Media. Pero puede darse en cualquier tiempo. En nuestros días van surgiendo también —dentro del cristianismo— métodos de atracción y conversión que dañan a la misma religión que intentan propagar. A través de resortes psicológicos magníficamente conocidos y manejados, se priva de la libertad a los participantes que —mecánicamente— terminan aumentando el número de sus pecados, algunos llorando, todos poseídos por una exaltación religiosa.

La Política dispone aun de más medios para oprimir. Pero uno de sus resortes más utilizados es la magia. Los totalitarismos son un ejemplo bien patente.

Algunos gobiernos «atemorizan» a los subordinados con los medios que todos conocemos, porque saben muy bien que, cuando se hace sufrir —y tener miedo— a la masa, se la domina fácilmente. El «engaño» es otro medio, el que más resultado suele dar: en este resorte puse la clave del enigma social; sólo él, utilizado mágicamente, explica que

la masa —la mayoría— sea siempre manejada y oprimida por la minoría. Normalmente, la política lleva, además, implícito un comportamiento muy propenso a oprimir: cosifica a las personas. Georges Luckas piensa —con razón— que toda política es impura.

Esta política negativa —cómplice de la opresión— utiliza lo que Marx Weber llama «moral del corazón» (9) —nutrida de sentimentalismo y exaltaciones—. En parte, la democracia ha abusado de esa moral, con los famosos **slogans** que utiliza: uno de ellos es la **igualdad** —palabra mágica, pero cuyo auténtico significado apenas se conoce—. Esta política tiende a halagar los movimientos primarios. Incluso utiliza el **obsequio** y el **favor** para atraer...y luego tiranizar.

Existe, sin embargo, una política positiva: la política como verdadera acción, apoyada en la «moral de la responsabilidad». Con este tipo de política, como acción verdadera, no como magia, identifico yo la democracia.

Pensemos un momento que no sólo el hombre es un ser en devenir; también lo es la sociedad. Un mundo en devenir requiere —como dice tan justamente Guardini— ser dirigido. Más aún, cuando se trata de la sociedad: en ella precisamente las transformaciones son más violentas y expuestas al desorden. Esta misión, llena de responsabilidad, corresponde no a los héroes, sino a los políticos. Por eso, no sigo la opinión de quienes creen que la revolución es sólo una cuestión social y no política. (Claro que la política que defiendo aquí no se confunde con la «ideología» política: la política como ideología puede ser una superestructura; la política como acción, no.)

Esta concepción de la política coincide con la auténtica democracia. Esta no significa —como viene repitiéndose superficialmente— el gobierno del pueblo

(9) Tomo de Marx Weber sólo la acuñación. El sentido no coincide estrictamente. Para Marx Weber, en la política, no basta la «moral del corazón» — una especie de moral romántica —; se requiere otra, de que hablaremos a continuación.

por el pueblo. Esto es absurdo: el pueblo —la masa— no puede ser gobernada más que por una minoría. Ahora bien, si la política de esa minoría es verdadera y responsable, **ipso facto** se consigue la democracia. Veamos cómo.

El verdadero político sabe que el progreso y la acción no dependen sólo de él, sino que descansan en la relación que cada ciudadano asume con los asuntos públicos: todos, cada uno en su puesto y misión, toman parte y deciden el devenir de la **res pública**. Entonces se trata —en la verdadera política— de poner en su sitio justo a cada uno, en lo que cada uno es capaz de hacer. La política fracasa si no cuenta con la colaboración de todos, aunque posea la mejor de las constituciones. La labor precisa del político, lo que le pone por encima de la masa, es saber penetrar en la realidad social, en los hechos y su interdependencia, en las posibilidades de acción, y encomendar con responsabilidad las misiones a los individuos competentes. El verdadero político es un auténtico conductor.

Naturalmente, esta democracia excluye el gobierno que —durante tanto tiempo— se vino ejerciendo en nombre de un derecho divino; también excluye los totalitarismos. En ambos casos, el pueblo —asustado— veía anulada su acción, su participación en el bien público que, en realidad, no era público sino privado (encomendado siempre a los intereses de los tiranos).

Pero habría que guardarse también de que la palabra «pueblo» fuera el símbolo mágico de nuevas tiranías.

La verdadera democracia significa no que el pueblo se gobierna a sí mismo, sino que **todos declinamos el devenir de la «res pública»**.

★

NI OPTIMISMO NI PESIMISMO

Del examen realizado al comienzo, parecería que sólo podría deducirse el pesimismo.

¿Pero es mejor el optimismo? En modo alguno, pues lleva al engaño.

La posición justa es hacer lo que se pueda —de lo contrario se colabora a favor de la opresión—, pero sin engañarse, no perdiendo nunca lo que podríamos llamar el sentido de las posibilidades.

Lo primero que habría que dilucidar, es la meta de la revolución. ¿Hemos pensado que, siempre, se le asigna —como meta— una usurpación del poder, de la riqueza y de los privilegios a los que ya los poseían?

Pero no es esa su meta, quizá si una etapa previa y necesaria (aunque esa etapa no debe consistir precisamente en «usurpar» sino en «destruir»). La revolución no debe terminar siquiera en un capitalismo popular.

La revolución debe proponerse que desaparezca la enajenación del hombre: que el hombre sea hombre, ya por una vez. Esto lo entrevió Marx. Pero luego, la revolución fué manejada para diversos fines, muy distintos al auténtico. Una de sus desviaciones más nocivas se la impuso Stalin. Hoy, la rivalidad con otras potencias le obliga a sacrificar el esfuerzo de los obreros, cuya defensa es su única razón de ser.

La meta de la revolución es, ni más ni menos, ésta: lograr el pacto del hombre con la naturaleza. El cual se logra en el trabajo. (La revolución debe ir provista de una concepción del trabajo.) En nuestros días se tropieza con una gran dificultad: la enajenación de las máquinas.

★

DOS PALABRAS SOBRE ESPAÑA

Por eso, los países —como España— en los que predomina el trabajo agrario son los llamados a presentar el modelo de la revolución. En ellos, la industria y la técnica también son necesarias y deben ser asimiladas en gran escala: pero ya no tendrían el carácter de máquinas —monstruos que oprimen y enajenan—, sino el de herramientas —prolongación de las máquinas del hombre—.

Naturalmente, también se dan, en nuestro país, obreros de la industria y de la burocracia. Con las tres clases de obreros hay que contar. Así se podrá luchar contra nuestro triple capitalismo: industrial, bancario y latifundista. ¿Cuál de estos capitalismos es el más grueso, el que más obreros oprime? Es una cuestión que dejó abierta, por no disponer de

datos estadísticos. A primera vista, parece que predomina el problema agrario. Y, desde luego, el capitalismo más inhumano es el latifundista: y el más anacrónico (10).

Los esfuerzos de todos los obreros han de organizarse políticamente para que sean eficaces. Los sindicatos y el partido político son los dos medios. En nuestro país, por no ser viables los partidos, sólo resultan adecuados unos auténticos sindicatos.

Estoy de acuerdo con I. Fernández de Castro en que esos esfuerzos deben ser dirigidos por las agrupaciones industriales de la ciudad, ya que las fuerzas campesinas y agrarias están tan dispersadas y poseen menos cohesión (11).

De acuerdo también con Aumente—frente a Fernández-Santos— en que no hay que esperar a que se cumplan las etapas de la Dialéctica. El que en España no se haya dado la gran fase industrial —ésta es la objeción de Fernández-Santos a la revolución social en España— quizá disminuya la dificultad de la revolución: el enemigo está menos armado.

Si esa dialéctica determinista

(10) *Redactado este trabajo, ha aparecido en el «Ya» un artículo de monseñor Herrera, publicado en «L'Osservatore Romano». En él se refiere a la falta de conciencia social de los españoles: «La quiebra más honda del catolicismo hispano es la deficiente formación de la conciencia social.» Afirma que «el problema agrario es hoy el más grave de la vida nacional. En las tierras de Andalucía, Extremadura y parte de la Mancha anida la mejor esperanza y el mayor peligro.*

El obispo de Málaga abriga la esperanza de que, en los próximos diez años, se reformen las estructuras campesinas. Los ensayos que se realicen en España serán una «preciosa experiencia» para «iniciar la reforma agraria — también inaplazable — en el continente americano».

Por lo pronto, el Estado ya ha advertido el problema y se dispone a poner remedio. La jerarquía eclesiástica andaluza está en la misma línea. Sería de desear que los señores andaluces — y no andaluces — accedieran espontáneamente a estas reformas que presentan como inexorables.

(11) *La obra en que expone esta idea — «Teoría sobre la revolución». Ediciones Taurus — es el estudio más serio que se ha hecho en España, en los últimos años, sobre el tema.*

fuera cierta y hubiera que respetarla, ¿que sería entonces de los pueblos afroasiáticos que han saltado de un estado de vida casi primitivo a un plano en el que la técnica mas refinada define a la civilización? Esos países se han saltado los procesos intermedios: hicieron bien; pues, de lo contrario, el Occidente capitalista que los «coloniza» tendría de su parte a la situación objetiva. No entiendo como no se revisa ya de una vez, ese fetichismo de la dialéctica determinista, que —cuando es respetado— hace el juego a la opresión, al retrasar los acontecimientos.

Un factor muy importante es que los capitalistas cristianos españoles lleguen a ser consecuentes con su cristianismo. Sus filas están llenas de usurpadores descarados y ladrones bienintencionados. Yo he visto en misa a un cacique andaluz: su compunción espiritual denotaba que la conciencia no le remordía. ¿Puede llegarse a algo peor? En este sentido los que dirigen la religión tienen una misión mínima y bien definida: recordar a estos cristianos de manga ancha su deber, meterles en el alma la conciencia y el remordimiento. Si este estado de cosas sigue así, el cristianismo engendrará —dentro de sí mismo y por ley inexorable— un cristianismo de izquierdas, al menos como actitud.

También fuera del Cristianismo se dan inconsecuencias. Existen capitalistas, con todas las agravantes, que se presentan ante los demás como revolucionarios y defensores del proletariado (de palabra sólo, claro).

Luckas alude —al hablar de la filosofía burguesa— a un tipo de hombre con gesto revolucionario y contenido reaccionario. Pues bien, esta confusión también se da en la conducta. Contra esa confusión del pensar y de la conducta, cómplice de la reacción, hay que luchar a toda costa.

★

EL IDEAL Y LAS LIMITACIONES

El ideal al que hay que aspirar es una situación en la que no exista ninguna enajenación. Para ello no habría que considerar la producción y el trabajo en términos de rendimiento, sino que habría que procurar desarrollarlos como la máxima conjunción posible entre pensamiento y acción (procurar que ninguno de estos dos términos anule al otro).

Las dos limitaciones de este

ideal son: en primer lugar, la **indole misma de la producción moderna**. Según el propio Marx, en ella «se trastrueca la relación entre el sujeto y el objeto» y se da la subordinación del trabajador a las condiciones materiales del trabajo.» En «El Capital» hay un párrafo que viene muy al caso: «En la fábrica existe un mecanismo, no sujeto a los trabajadores, que los asimila como engranajes vivientes. La separación entre las fuerzas espirituales que intervienen en la producción y en el trabajo manual, y la transformación de aquéllas en fuerza del capital sobre el trabajo, encuentra su coronación en la gran industria fundada sobre el maquinismo. Así, el destino individual del trabajador desaparece como una nada ante la ciencia, ante las formidables fuerzas naturales y el trabajo colectivo, que son incorporados al conjunto de las máquinas y constituye con ellas el poder de la lucha.» Todas las fuerzas están en manos del capital, frente al peón. Fundándonos en sus propias afirmaciones, habría que confesar que el proletariado no libera, ni es la clase dominante, sino engranaje de las máquinas.

La técnica es el gran hallazgo ambiguo de nuestra civilización. Marx —ya lo apuntamos antes— puso su esperanza en que la producción se emanciparía de ese mecanismo oprimente con los esclavos mecánicos, con una técnica que no exigiera mucho esfuerzo del hombre. ¿Podemos esperar eso de la técnica?

Dice Haecker que existe una analogía curiosa entre la creación del hombre, por parte de Dios, y la creación de la máquina, por parte del hombre: los dos seres creados tienen capacidad de independizarse de su creador. Pero con una diferencia: el hombre puede retornar. La máquina, en cambio, por ser mecánica y autómatas, no puede: la materia y la causalidad no son capaces de reversibilidad; la máquina, más bien, tiende cada vez más, a la independencia.

Al servir a la máquina que posea su lógica y causalidad propias, el hombre siente nacer en sí necesidades artificiales, extrañas, que van desplazando a las auténticas —naturales y sobrenaturales—. Y así —continuando esa lógica implacable— la máquina no sólo roba al hombre el poder de realizar y plasmar sus intenciones vitales (esto es, lo que le proporcionaba la «herramienta» como prolongación de la mano del hombre), sino que, ade-

más, esteriliza el centro fecundo donde nacen esas intenciones, por tener que servir a la máquina.

La segunda limitación, bien grave por cierto, es la **indole de los hombres**. Hay en ellos —cada uno puede apelar a su propia experiencia— un deseo puro del bien que coexiste con una fuerza gravitatoria que tira en dirección contraria. De esto habló Platón. La experiencia de San Pablo es también de carácter universal: no puedo lograr lo que deseo, sino que vengo a hacer aquello precisamente que no quiero. Nuestro pensamiento desea el bien, pero le falta fuerza gravitatoria: el error de los idealismos ha sido creer que la tenía. La gravedad nos lleva en dirección contraria al bien: el error de los materialismos ha sido creer que esa fuerza gravitatoria se encuentra, finalmente, con el bien.

El hombre es un ser tan extraño y contradictorio que, dejando a sus propias fuerzas, aniquilaría a sus semejantes. Tucídides ya lo expresó con una claridad admirable: «Creemos con respecto a los dioses, según la tradición, y sabemos con respecto a los hombres, por una experiencia indudable, que siempre cada uno —por una necesidad de la naturaleza— oprime allí donde puede.» Con esta contradicción del hombre hay que contar a la hora de la revolución. Marx lo tuvo en cuenta: advirtió que el hombre desea la justicia y, al mismo tiempo, está sometido a la necesidad y a la fuerza.

El anhelo más intenso de los hombres ha consistido en buscar el modo de conseguir el bien y de alejar el mal. Mientras unos se sirvieron de las morales de grupo —toda profesión que realiza, con perfección, su mecanismo es inasequible al mal—, otros siguieron pensando que la naturaleza humana es esencialmente flaca y que ese problema no se resuelve tan fácilmente, aparte de que esas morales se apoyan en la mentira y en el engaño —oprimen—.

¿Es que el bien y el mal no significan nada?

Sí significan. El bien existe. Ese bien es absoluto y es asequible a pesar de nuestra flaqueza: es demasiado intenso el deseo que se posee de él para que no exista o para que fuera sólo relativo. He aquí el punto en que Platón, el Cristianismo y Marx — los tres pensamientos más importantes de Occidente — vienen a encontrarse. Los tres arrancan de esta convicción (12).

Las diferencias surgirán cuando se investigue el modo de conseguir el bien y la justicia. Platón sigue siendo — por una intuición genial — afín al cristianismo: la flaqueza se vuelve capaz del bien a través de una ayuda superior y trascendente. Marx pensó que la materia social, a través de su propio mecanismo — germen de opresión — podría expulsar su inercia venenosa y alcanzar la justicia y el bien: el choque y la lucha de las fuerzas sociales posibilitaría el acceso del proletariado al poder; se tendría así una clase **única**: sin morale de grupos (sin opresión).

★

OTRA VEZ, EL IDEAL

Si intentamos la descripción de un estado social que fuera el ideal, habría que fundamentarlo en una justa concepción de la **producción — del trabajo, mejor —**.

Pero la **producción**, a su vez, puede ser enjuiciada y valorada según el «rendimiento» (como quiere Marx) o según el «bienestar» que produce también ser valorada según la intervención, que en ella se dé, de la relación entre pensamiento y acción. Reduciendo el problema a términos más expresivos: la producción puede valorarse con la dialéctica **deseo-satisfacción**, también con la de **pensamiento-acción**.

Si el hombre trabaja y produce según la dialéctica **deseo-satisfacción**, hace el juego al capitalismo, porque ¿quién certifica que el hombre — por lo menos ciertos hombres — ya tienen **bastante**? El capital conseguido nunca satisface: he aquí el problema. Al persistir el Capitalismo, es muy difícil evitar la miseria de sus víctimas. Pero supongamos que se llegara a una situación sin pobres ni miserables: si la producción se centra en el **deseo-satisfacción**, al dejar margen de acción al insaciable capitalismo, se contribuiría a una situación opresiva, de hombres débiles y dominados, ya que el capitalismo, por definición, supone la **objetización** y **cosificación** de los sujetos humanos y reduce las relaciones personales a relaciones mercantiles.

(12) Este encuentro entre pensadores tan distímiles sólo es posible si se contemplan los fenómenos, las conductas y el pensamiento con cierta capacidad de síntesis. Esta busca siempre, en las cosas, lo último, más allá de las contradicciones.

En cambio, si se persigue la máxima intervención del pensamiento en el trabajo y en la producción, consiguiendo una auténtica «praxis», se impedirían — por lo menos elementalmente, en una mínima medida — las relaciones de sentido capitalista; sólo así, podría aspirarse a una situación libre de enajenación.

Es fácil ver que ni el idealismo — cómplice ideológico de la opresión — ni el materialismo — que suprime el pensamiento autónomo y la libertad — nos sirven. Habría que buscar, como dice Sartre, un realismo que no fuera materialista. Esto nos permitiría hablar del **realismo cristiano**. Aunque este tema lo dejamos abierto para otra ocasión, quiero hacer una breve digresión sobre mi personal y reciente punto de vista acerca de la relación del cristianismo con el «cuidado temporal» de los hombres. El Estoicismo puede aportarnos una imagen interesante: la **patria universal** y única, en que vivimos los hombres. El hombre de la Estoa se sentía cosmopolita — no conocía fronteras — porque consideraba a todos los nombres partícipes de la Razon — Todo Razon Común — Koinos Logos —: todos iguales, todos con los mismos derechos.

A este cosmopolitismo estoico habría que dotarlo de un acento personalista: que los habitantes de esa ciudad universal fueran libertados y que el Todo que la rige fuera una Razon personal. Si la Ciudad terrestre es — como quiere el Cristianismo — conato e imagen de la celeste, la solución parece clara: seamos fieles a la Ciudad terrestre, cumplamos con nuestra ciudadanía; porque, sólo siendo fieles a lo temporal, podemos los hombres conquistar lo eterno y lo sobrenatural.

El trabajo — como síntesis de pensamiento y acción — es la situación que mejor define al hombre como ser en el mundo.

Con el trabajo así concebido, se conseguirán algunas ventajas notable: el hombre controlaría su intervención en la materia; conocería, hasta cierto punto, los secretos de la técnica — cuestión importante, dados los peligros de ésta —; sería autónomo en sus relaciones con los demás en la coordinación de esfuerzos (la coordinación es muy propensa a la opresión); se podrían abolir, con más facilidad, los abusos y los privilegios; y se conseguiría que la colectividad no fuera un ser superior, sino la

simple aunación de las voluntades individuales.

Que las fuerzas sean siempre dirigidas, en lo posible, por el pensamiento. He aquí la única manera de que los débiles puedan ser operantes: no conviene confiarse a la Evolución o al Determinismo de los sucesos y de la materia social. Esto mismo puede expresarse de otra forma: Que el hombre sea responsable en todos sus quehaceres. Su responsabilidad no debe limitarse a evitar las situaciones frívolas. Debe adquirir consciencia de las posibles consecuencias de la acción, para impedir las que sean nocivas. La responsabilidad es exigida en proporción a los peligros. Por eso, ninguna época como la nuestra, debe poseer el **ethos** de la responsabilidad.

He aquí el ideal. Pero no confundamos el ideal con la utopía. Mientras el ideal tiene relación con lo real y posee carácter dinámico, pudiendo ser el punto de referencia de los quehaceres actuales, la **utopía** se caracteriza por su contradicción con la realidad y con el presente.

He aquí el ideal, repito. ¿Cómo se llega a él? ¿Cómo se alcanza? Por la revolución.

R. G.

Acuse de recepción

Publicaciones recibidas en este mes:

- «Ibérica», de Nueva York. Directora, Victoria Kent.
- «La Humanitat», de México. Director, Francesc Aguirre.
- «Pour la Paix», de Bruselas. Responsable, Henriquez.
- «Cahier des Amis d'Han Ryner». Paris. Responsable, Luis Simón.
- «L'anarchosyndicaliste», Nantes. Responsable, Serge Mahe.
- «Solidaridad», de Paris. Director, J. Ferrer.
- «Voluntad», de Montevideo. Director, R. E. Romero.
- «Seme anarchico», de Torino. Director, Garinei.
- «Défense de l'homme», de Cannes. Director L. Dorlet.
- «Le Montagnard», de Paris. Director, Vinatrel.
- «Volontà», de Génova. Redactor responsable, Turronei.
- «Est et Ouest», de Paris. Director, C. Harmel.
- «Le Monde Libertaire», de Paris. Director, M. Laisant.
- «L'Anarchie», de Paris. Secretario, R. Beaulaton.
- «Buiten de Perken», de Holanda. Redactores, A. y R. de Jong.
- «Cuadernos», de Paris. Director, J. Gorkin.
- «Le Contrat Social», de Paris. Publication del I.H.S.
- «Informe de la F.L.A. al V Congreso», Argentina.
- «Umbral», de Montreal.
- «Horizontes», de México. Director, P. Foix.
- «Nigra Flago», del Japón.

Libros y folletos:

- «El mundo nuevo», por P. Besnard (Ediciones CNT).
- «La revolución», por G. Landauer (Editorial Proyección).
- «Présence du syndicalisme libertaire», por L. Mercier.
- «Niki o la historia de un perro», por T. Dery (Ed. Proyección).

Parábolas de
Han Ryner

El niño lisiado

BAJO la brasa de un cielo incendiado, encima de la carretera ardiente como un metal enrojecido, el niño, esforzándose en caminar con una especie de dolorosa danza que no avanzaba casi, posando y levantando vivamente sus pobres manos, posando y levantando vivamente los pobres muñones de sus piernas. El espectáculo de su sufrimiento me hizo derramar lágrimas de piedad por él, lágrimas de vergüenza y de cólera contra los hombres que así abandonaban al enfermo.

Le pregunté:

—¿Adónde vas así, pobre amigo mío?

—Al pueblo señor.

—¿Al pueblo? ¡Pero si está a dos leguas! ¡No llegarás nunca! ¿Quieres que yo te lleve?

Al oír esto, saltó como un sapo, apresurado por alejarse de mí.

—No, señor —rechazó huraño—, ya sabré yo llegar solo.

—¿Por qué te niegas a recibir la ayuda que se te ofrece amistosamente?

Su temor tomó ahora un tono humilde, hipócritamente dulce. Hábil, hizo entrar en juego su interés:

—Dése cuenta, señor, estoy lleno de polvo y os mancharía.

Sin más respuesta que una sonrisa, me bajé y lo levanté con cuidado. El se quiso librar de mí, desesperado.

—¡No quiero!, ¡No quiero!, ¡No me deje caer!

—¡Pobre niño!, ¿has encontrado, pues, a gente mala?

—¡Sí! Sólo he encontrado a gente mala... Todos son malos.

Su voz se volvía áspera y colérica.

Cuando lo apreté contra mi pecho, me arañó con sus miedosas manos. Pero yo besé su carita linda y delgada. Resignado y conmovido, sonrió por fin.

Caminé por mucho tiempo con mi fardo ligero que, poco a poco cesaba de ser un animal capturado y salvaje, para volverse un pequeño ser de dulzura, de confianza asombrada y de reconocimiento. a no había cálculo ni miedo en su sonrisa, sino solamente alegría y amor.

★

A un recodo de la carretera, un rápido coche de caballos, veloz y violento como el sol, se lanzó sobre nosotros. No tuve tiempo para apartarme. Pero el grito del niño, detuvo bruscamente a los caballos, cuyos humeantes resoplidos invadían nuestras caras.

Enseguida, de un salto me puse a salvo en la cuneta. el cochero, con el látigo levantado, gritó:

—Idiota, has asustado a mis caballos!

Depositando el niño en tierra para recibir yo solo el latigazo, agarré instintivamente una gruesa

piedra, la cual tenía en mis dos manos, esperando con impaciencia, el latigazo que desgarrando mi carne, me hubiera permitido apedrear aquel bruto.

Y mientras que el cochero me miraba con ojos de bestia furiosa, los caballos tenían unos ojos muy humanos, brillantes de pensamientos simpáticos.

Decían de mí, los hermosos y humanos ojos de los caballos:

—¡Qué animal tan feliz! ¡Solamente lleva la carga que quiere!... ¡Qué animal tan valiente! ¡Lleva voluntariamente a quien no puede caminar! ¡Puede vengarse de los latigazos!

El esperado latigazo cayó, cimbreado, sobre un pobre animal encerrado en las varas del coche.

Partió el coche pues jadeante, mientras que por la portezuela una cabeza hinchada se mostraba.

—¡Imbécil!, me gritó horriblemente enrojecida, con sus dos gruesos ojos adelantados, cual dos bolas que van a desprenderse y rodar por el suelo, con su enorme boca torcida grotescamente.

Y luego, dirigiéndose al cochero:

—¡Podías haber aplastado a esos idiotas, en vez de darme semejante sacudida!

El pasajero me pareció menos digno de respuesta que su cochero, pues ni siquiera lancé la piedra contra la jaula rodante de aquel chacal. Pero se me escapó una risa de desprecio que me fue profundamente dolorosa.

★

Derramando luego lágrimas, emprendí de nuevo la marcha con mi querido fardo, que contra mí se apretaba tembloroso.

Me di cuenta que había tenido tanto miedo por mí como por él y, desde entonces, amé tanto a su corazón como a su abandono. Abracé, maternal, al pequeño huérfano. ¡Cuán dulce me fue el beso que me devolvió y el tuteo amistoso con que me trató:

—¿Por qué lloras?

—Lloro avergonzado de los hombres.

—¿Verdad que para ti soy muy feo?, interrogó con la coquetería de las mujeres, de los enfermos, de todos los débiles.

—No, amigo mío. Tu cara es tan hermosa como la aurora visible. Pero esos insolentes, esos brutos, son feos como...

Mi voz se encolerizaba. Y dijo el niño, para apartar de mi espíritu el pensamiento triste e irritante:

—Escucha como canta ese mirlo.

Y los dos escuchamos. Porque, en aquel momento, éramos los dos buenos, en comunión con la buena naturaleza, comprendimos el lenguaje silvado del mirlo.

El pájaro, decía, burlón:

—¡Qué tontos son los hombres! Tienen coches que sirven para los que pueden caminar y, ¡dejan

ERASE un viejecillo silencioso, siempre vestido como para un duelo.

Todos los buscadores de libros viejos le conocían, y ninguno sabía como se llamaba ni quién era. Jamás cruzaba la palabra con ellos, aunque hacía años se encontraba con ellos en los mismos lugares; jamás tomaba parte en sus disputas, no pocas veces acaloradas; jamás intervenía en sus conversaciones, interminables, interminables. Les saludaba, al llegar, y al partir, y nada más. Cualquiera que fuese el problema que debatieran, y no había problema que no trataran de dilucidar, le era indiferente. Ni miraba a los disputadores, cuando uno u otro alzaba la voz. Parecía vivir en otro mundo. Ni la política, tema frecuente de las disputas, ni la literatura, sobre la cual todos tenían algo que decir, ni la filosofía, en la que algunos, alguna vez, se adentraban, le hacía salir de su silencio.

Después del saludo, al llegar, guardaba en un estuche dos lentes que traía, sacaba de otro estuche otros, se los colocaba, luego de haberlos limpiado lentamente, y empezaba a consultar libros mil veces ya por él consultados. Pasaba así una hora, o dos, o tres, y partía, con otro saludo, breve, y como a la fuerza arrancado.

Casi siempre, cuando partía, el problema que los buscadores de libros trataban de desentrañar era el del viejecillo, como todos le llamaban. Raras, rarísimas veces le habían visto adquirir un libro. Los libreros mismos no sabían qué le interesaba. Ni hablaba de autores, ni de materias. Buscaba, buscaba incansablemente, y cuando, de tarde en tarde, elegía algo, era imposible, por lo que elegía, conocer sus preferencias, ni si tenía preferencias.

Se supo, al cabo de años, por un librero que había dejado de serlo, y que no sintiéndose a gusto lejos de los libros comenzó a frecuentar las librerías semejantes a la suya, que había buscado en otro tiempo el viejecillo, cuando aun no era viejo: sólo historias referentes a la nobleza de un país vecino; ninguna otra cosa tenía interés para él.

— Trazaba entonces su árbol genealógico — aclaró el antiguo librero —. Llegó a no faltarle, para complementarlo, más que un dato. Sin duda no lo ha encontrado todavía, y lo busca.

Corrió de boca en boca, entre los libreros y entre los buscadores de libros viejos, lo en otro tiempo buscado por el viejecillo. Curiosos, unos y otros le ofrecieron ayuda en su búsqueda. Un poco divertidos, por lo que sabían, y adivinando, por lo que sabían, diversión mayor. Sería graciosa, indudablemente, la historia del viejecillo. Ese dato no

a los lisiados arrastrarse por la tierra abrasadora!

Y otro mirlo respondió, aun más burlón:

— ¡Qué inteligentes son los hombres!, ¡Qué inteligentes! Sólo ellos tienen la razón. Entre ellos los hay que consienten a ser esclavos de otros hombres, a ser siervos voluntarios. Pero no vayáis a creer que tienen la ingenuidad de socorrer, ¡oh no!, a los débiles y a los enfermos; hacen el trabajo de quienes podrían trabajar y sostienen a los que podrían sostenerse a sí mismos.

(Próximo artículo: El árbol preferido)

Versiones

por Denis

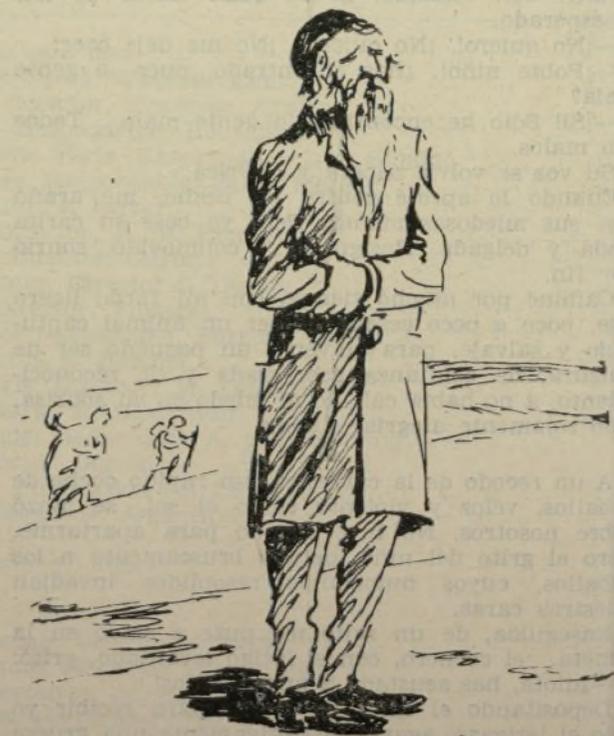
EI

encontrado, ese dato que impedía el trazado completo de su árbol genealógico, debía ser cómico, cómico.

Contento, el viejecillo, del interés que le mostraban los libreros y los visitantes habituales de las librerías, habló un día, en una de éstas, más que en los muchos años que libreros y buscadores de libros le conocían.

Tenía trazado, en efecto, su árbol genealógico, y sólo le faltaba un dato para completarlo, como había dicho el antiguo librero. Había buscado antes libros que le permitieran trazar el árbol; buscaba ahora unas memorias donde sabía de fuente fidedigna estaba el dato que le faltaba. Llevaba más de diez años buscándolas. Inútilmente. Había escrito a libreros de todo el mundo. Ninguno tenía noticia de ellas. Había viajado por todo el país en su busca. En vano. Desesperaba ya de encontrarlas. Su vida hacia el ocaso, y temía morir sin dejar a sus descendientes, completa, la tarea a que había dedicado gran parte de su existencia.

— Se trata — dijo, finalmente — de uno de esos libros de corta tirada que nadie lee, excepto el autor y sus familiares, y que nadie sabe a dónde van a parar los otros escasos ejemplares. Si los traperos fueran gente letrada, nos ayudarían mu-



viejecillo

cho a los hombres como yo. Y a los eruditos. Porque a ellos, sin duda, van a parar esos libros.

— ¿Y no teme usted — le preguntó el librero — encontrar en esas memorias algo desagradable? Casi siempre, cuando se hurga en el pasado, se tropieza con sorpresas que hacen subir los colores al rostro. Tal antepasado fue un bandido, tal antepasado gustó demasadamente de hacer sacrificios a Venus, buscándose para cada uno distinta compañía.

— ¿Temer? — repuso el viejecillo —, ¡Al contrario, al contrario!

— ¿Al contrario? — interrumpieron todos a la vez.

— Sí, al contrario. Duele hallar algo así en nuestros padres, o de nuestros abuelos, cuando aun viven. Después de muertos, tampoco. Del antepasado bandido nos puede venir la fortuna, de los sacrificios a Venus de la antepasada el ser descendiente de un noble, que es mi caso.

No le interrumpieron ahora, ni el librero ni los otros, sorprendidos, y el viejecillo prosiguió:

— El autor de las memorias que busco, que se refugió en nuestro país al estallar una revolución en el suyo, ha reunido en ellas, por los informes que tengo, además de sus aventuras particulares, las de algunos aristócratas refugiados aquí como él. De uno de estos aristócratas, que no era su marido, tuvo mi bisabuela un hijo: hijo único. Se cuenta eso, con todos sus pormenores, en las memorias que tanto me interesan, y sólo en esas memorias. Es el dato que me falta para completar mi árbol genealógico, que he trazado investigando, hasta los tiempos más remotos, los orígenes de mi bisabuelo, de mi verdadero bisabuelo, no del marido de mi bisabuela, que era un infeliz, que forzosamente tenía que ser un infeliz.

No sabían, los oyentes del viejecillo, si reír o insultarle. Optaron por seguir escuchándole, con toda seriedad, para ver hasta dónde llegaba su ridiculez.

— Todo el mundo sabía — añadió el viejecillo — que mi abuelo no era hijo del marido de mi bisabuela. La tradición nos ha transmitido ese saber de todo el mundo; y también el nombre del padre de mi abuelo; pero no hay ningún documento que de fe de ello. Sólo dan fe de ello las memorias que desde hace tantos años busco. Soy descendiente de un noble y no puedo pregonarlo. Nadie, nadie en el mundo ha vivido tragedia parecida. Crecerá mi honor el día que pueda lanzar a los cuatro vientos mis orígenes.

Todavía, años después, seguía el ridículo viejecillo, ahora casi una sombra, buscando las memorias que, por la prueba de un deshonor de su bisabuela, habían de hacer crecer su honor. Ni libros ni buscadores de libros rompían el silencio en que volvió a sumirse. Nunca más le interrogaron.

Les parecía hombre no merecedor ni de burla. Nada, salvo terminar su árbol genealógico, le interesaba. Le dejaron al margen, como si no existiera. Y ellos eran ahora los que ni le miraban cuando llegaba o se iba. Ni un momento interrumpían su charla, sobre política, literatura, filosofía o historia. Sobre la suerte del mundo, las más de las veces. Si no se salvaba, no era por falta de ocuparse ellos de él.

Un día, precisamente en la librería en que había dado a conocer sus cuitas, y en ocasión en que la tertulia de habituales era numerosa, el viejecillo se lanzó sobre un montón de libros entrados aquella mañana. La viuda de un general se había apresurado a deshacerse de la biblioteca de éste, muerto la semana antes. Libros, todos, de memorias: de otros generales, de políticos, de diplomáticos. Presintió el viejecillo, al ver aquellos libros, que había llegado la hora tanto tiempo por él esperada. Revolvía los volúmenes impacientemente, ajeno a todo, como si estuviera solo en un desierto. De pronto, dió un salto, fuera de sí, con un libro en la mano. Sin dejar de sar saltos, lo hojeó, una y otra vez, con una prisa rara en él, hombre apagado.

No dejó, durante largo rato, de saltar, hojeando el libro. Era algo de una comicidad sin límites. Luego, con el libro abierto, fue visible que quería hablar y no podía, que no le dejaba la emoción articular palabra. Por fin, gritó, más que dijo:

— ¡Ya está, ya está! ¡Aquí está, en esta página! ¡Miren, miren ustedes! ¡Aquí está, claro e indubitable. No son palabras del autor del libro. Es testimonio de mi bisabuelo. Al partir para su país, dijo al autor del libro: «Cuida de mi hijo, tú que quedas aquí, tú que te has hecho aquí un hogar». Y el autor del libro cumplió el encargo. El fue quien vigiló la educación del mi abuelo. ¡Miren, miren ustedes! ¡Aquí está, aquí está!

No rieron los que le oían. Creyeron, aun conociendo su historia, que el viejecillo había perdido el juicio, cosa siempre triste.

Este cerró el libro, y, sin preguntar al librero cuanto valía, se dirigió hacia la calle, saltando de nuevo.

Ya en la puerta, con voz que no habría podido creerse suya, exclamó:

— ¡Mi bisabuela fue una gran mujer, una gran mujer!

Vida de CENIT

Nuevos recargos han venido a sumarse a los muchos pagos que tiene que efectuar la revista. Desde el año 59 hasta la fecha cada número nos cuesta el 23 por 100 más.

Rogamos a todos los suscriptores y paqueteros se pongan al corriente de pagos, pues queremos establecer el presupuesto anual y para ello nos es indispensable el cierre de cuentas. Todo con el fin de evitar aumentos en el precio, o de aumentar lo estrictamente justo e indispensable.

Quedará sumamente agradecida

LA ADMINISTRACION

Utilizad el Mandat-Cheque que incluimos en este número.

MICROCULTURA

1057. — La atmósfera de la luna contiene sólo pequeñas cantidades de materia, que se calcula oscila de diez a cien toneladas; en consecuencia, resulta en extremo vulnerable a la contaminación.
1058. — Enrique Cavendish, físico y químico inglés, en 1781 descubrió la composición del agua.
1059. — En Suiza se ha inventado y desarrollado un proyector de televisión capaz de producir enormes imágenes de color en una pantalla de cuatro metros de ancho por tres metros de alto.
1060. — El 7 de enero de 1715 murió Fenelón, literato de Cambrai.
1061. — Las naciones del «Mundo Libre» producen al año treinta mil toneladas de uranio.
1062. — Se calcula que para 1970 entrará en servicio el primer barco de propulsión nuclear para pasajeros y carga.
1063. — Un «salispán» es una embarcación peculiar del sur del archipiélago filipino.
1064. — Se entiende por «pazuato» al simple, que se pasma y admira por lo que ve y oye.
1065. — Se podrían fabricar automóviles en masa, movidos por turbina a gas.
1066. — Para 1975 se calcula que en Francia habrá ochocientas setenta y cinco mil más mujeres que hombres.
1067. — El «rezago» es el atraso o residuo que queda de una cosa.
1068. — El suero de Yersin es el usado para luchar contra la terrible peste bubónica, cuyo microbio fué descubierto por el médico suizo Alejandro Juan Yersin, en 1894.
1069. — Las «nuraghi» de Cerdeña son admirables ruinas prehistóricas.
1070. — Cuatro seres semejantes a caracoles que se suponían extinguidos hace trescientos millones de años, fueron sacados del Océano Pacífico por el barco de estudios norteamericano Vema.
1071. — El 4 de marzo de 1959 cayó en Ravena, Italia, un meteorito de casi dos kilos y medio, en un campo próximo a dicha ciudad.
1072. — El Rhodinius, minúsculo bicho sudamericano, puede resistir doscientas cincuenta mil veces más radiación que el hombre.
1073. — En 1815 murió Federico Antón Mesmer, médico alemán que se hizo célebre por su teoría del «magnetismo animal».
1074. — En 1827 murió el célebre físico e inventor italiano Alejandro Volta.
1075. — El 5 de marzo de 1953 desapareció «oficialmente» el dictador José Stalin, habiendo dudas sobre su muerte en tal fecha, si efectivamente murió, si su deceso fué natural o «purgado», etc.
1076. — Se calcula que entre un cuarto y un tercio de las sustancias nutritivas que se ingieren diariamente deben ser tomadas en la primera comida, que generalmente es el desayuno.
1077. — Se entiende por «educir» sacar una cosa de otra.
1078. — En Alaska, pescadores comerciales están empleando una embarcación impulsada a chorro que se cree es la primera de su tipo en el mundo.
1079. — Senticar es sinónimo de espinar.
1080. — Se calcula que en el mundo hay unos diez millones de leprosos.
1081. — El 6 de mayo de 1758 nació el revolucionario francés Robespierre.
1082. — El valor nutritivo de una proteína está determinado principalmente por la cantidad y proporción de sus aminoácidos esenciales.
1083. — Una aleación de hierro, cobre y níquel ha sido empleada para producir imanes permanentes del diámetro de un cabello humano.
1084. — Al tiempo de siete años se le llama «septenio».
1085. — El empleo de pinturas a base de plomo es un peligro constante para la salud.
1086. — Se está planeando un intenso ataque contra la lepra en las tres Américas.
1087. — El «camuro» es una planta venezolana que produce frutos con cuya corteza se hacen vasijas.
1088. — El «destral» es un hacha pequeña que se maneja con una sola mano.
1089. — En 1084 falleció Manuel Kant, filósofo alemán, autor, entre otras, de las famosas obras «Crítica de la razón pura», «Crítica de la razón pura práctica» y «Crítica del juicio».
1090. — Los esquimales pertenecen a varios grupos diferentes, pero son considerados como miembros de un solo pueblo, esparcido por las regiones árticas.
1090. — Los escoceses han anunciado (en Glasgow) el invento de un aparato que diagnostica bultos y masas en el abdomen.
1092. — La «invulnerabilidad de las misiones diplomáticas» fué impuesta por Julio César.
1093. — Las rápidas calculadoras electrónicas han confirmado una teoría de 80 años que considera que el balanceo circular de los polos terrestres ocasiona pequeñas mareas oceánicas.
1094. — El origen de las campanas en los barcos se remonta a una tradición de la Edad Media que ha perdurado hasta nuestros días.
1095. — Tres hombres de ciencia japoneses informan sobre una sencilla prueba sanguínea que permite detectar un desarrollo canceroso en el organismo humano.
1096. — El nombre de esquimales significa «somos hombres».
1097. — La primera plantación agrícola de que se tiene evidencia, fué hecha en la región de Jarmo, en el noreste de Kurdistán, comarca asiática que pertenece en parte a Turquía y en parte a Persia.

CRITICA DE AYER Y DE HOY

LAS IDEAS

LA idea no se distingue muy claramente, en sus formas debilitadas de la imagen, lo mismo que las formas muy vivas de la imagen no siempre son fáciles de separar de las percepciones. La idea particular es la imagen debilitada o un sistema de imágenes más o menos claras y fragmentarias... La idea abstracta y general se destaca poco a poco de la experiencia y de la actividad. En los seres de espíritu primitivo, en los salvajes, en los niños, en todos nosotros cuando se trata de cosas que conocemos poco y de prácticas nuevas, se sorprenden los rudimentos bastos e imperfectos de la idea general. Un niño de ocho meses se complace en distraerse con una caja de hojalata en la cual mete todo lo que cabe y pretende meter cuanto tiene. Este acto de meter un objeto dentro de otro le seduce. Ha observado que varios de los objetos que caen en sus manos, como un cubo, un carrito, un frasco, una trompeta, etc., le ofrecen la propiedad de poder contener otros objetos. Así, cuando se le da o encuentra un objeto que no conoce, lo palpa, lo examina por todos lados y busca una abertura. Aquí advertimos la formación de una costumbre general, a la cual corresponde un estado de espíritu que se aproxima mucho a lo que llamamos una idea general, muy sencilla, por otra parte, y bastante grosera. Una observación de Taine nos muestra cómo esta tendencia, este hábito general, se asocia a una palabra. Ee enseñaba frecuentemente a una niña la copia de un cuadro de Luini

que representa a un niño Jesús completamente desnudo, diciéndole: «He aquí el bebé». La niña concluyó, cuando en otra habitación, en otro departamento, se le decía, hablándole de ella misma: «¿Dónde está el bebé», por volverse a los cuadros y a los grabados, fuesen cuales fuesen. Bebé significaba, pues, para ella, alguna cosa general, lo que para ella había de común en todos los cuadros y todos los grabados, es decir, si no me equivoco, «algo abigarrado en un cuadro brillante».

Estos ejemplos, que se podrían multiplicar o variar indefinidamente, pueden dar una idea de la manera como se forman los hábitos abstractos del espíritu. Hay reacciones semejantes provocadas por las cualidades generales que encontramos en ciertos objetos; estas reacciones dejan en nosotros un hábito correspondiente a un estado de alma que llamamos idea general. La idea general no es esencialmente una copia de las impresiones; sin embargo, corresponde frecuentemente a una especie de imagen más o menos vaga y borrosa que puede llegar, a lo que parece, y yo estoy tentado a creerlo, fundándome en mi experiencia personal, hasta la representación abstracta, hasta un extracto muy poco concreto de las percepciones o de las imágenes. Pero el funcionamiento del espíritu exige con frecuencia, para que su estudio se facilite, que las ideas abstractas y generales se unan ya a imágenes bastante claras, ya a reacciones precisas y fáciles de reproducir.

F. PAULHAN

SERVICIO DE LIBRERIA

Obras baratas, de ESTUDIO unas, de RECREO otras

EN CASTELLANO

«Problemas sociales de Derecho Penal»,	5 00
«Problemas y cintarazos», J. Peiró	3 00
«Prosas», Berceos	2 50
«Psicoanálisis del hombre», G. Richard	3 00
«Psicoanálisis y Religión», E. Fromm	6 00
«Pueblos y Razas», Antología	6 50
«Puerto Chol», M. Luya	4 00
«¿Qué es el arte?», Tolstoi	1 20
«¿Qué es la sociología?», Bouglé	2 00
«Quinet», Alaiz	5 00
«Racismo, Nacionalismo», Ribe	2 00
«Raíces al cielo», Rojas	3 50
«Rebeca», D. Maurier	1 80
«Régimen político y de convivencia en España», A. Zamora	4 00
«Reivindicación de la libertad», G. Ernestán	1 00
«Resplandor en el cielo», Waldick	7 00
«Retorno al amanecer», V. Baum	2 00
«Ricardo», E. Castelar	1 20
«Robespierre», Korngald	5 60
«Rojo y Negro», Stendhal	5 00
«Romance del amor», R. de León	9 00
«Romeo y Julieta», Shakespeare	1 00
«Rosas de la tarde», V. Vila	2 50
«Shopenhauer», T. H. Rillett	4 50
«Se alquila», J. Galsworthy	6 80
«Seis cuentos de un conocido», Castellar	3 60
«Selma Lagerlof», A. Jansen	3 50
«Shakespeare», G. Landauer	12 00
«Silvia», Gerard de Nerval	1 50
«Sinónimos Castellanos», Roque Barcia	5 00
«Stefan Zueig», F. M. Zweig	4 50
«Stendhal», S. Zweig	1 20
«Teatro», Cervantes	2 50
«Teatro», Feijoo	4 50
«Teatro argentino» (dos vol.),	16 00
«Teatro completo», R. González Pacheco (dos to- mos)	10 00
«Teoría de la acción», J. A. Dos Reis	2 00
«Testimonio sobre la Revolución Cubana», A. Sou- chy	1 40
«Traición por traición», E. Zamacois	1 20
«Tratado del encadenamiento de las ideas», Cour- not	7 50
«Tratado de los deberes», Cicerón	3 00
«Tres camaradas», E. M. Remarque	3 50
«Tres maestros», S. Zweig	1 20
«Trust y Carteles», R. Lewinson	5 60
«Una hija de las nieves», J. London	6 00
«Un hombre se asoma a su pasado», C. Weyer	5 00
«Veinte años de lucha y experiencia», D. A. Po- rrras	4 20
«24 horas de la vida», S. Zweig	1 20
«Viaje al Congo», A. Gide	4 00
«Verbo de admonición», V. Vila	2 50

EN FRANCES

«Juan de Mairena», Machado	6 90
«Juan Maragall», Corredor	3 40
«La mécanique de la vie», Le Dantec	2 00
«Le guide des convénances», Plusieurs	3 40
«Le jardin d'Epicure», A. France	4 50
«Le jardin des supplices», O. Mirbeau	2 50
«Le militarisme», G. Ferrero	3 50
«L'Enéide», Delille	5 00
«L'envers du journal», Gide	3 00
«Le paradis perdu», Delille	5 00
«Le sang plus vite», Garcia Calderón	3 75
«Les armoires frigorifiques», Degoix	5 80
«Les bandits tragiques», V. Méric	2 90
«Les Chouans», H. de Balzac	2 00
«Les damnés de la guerre», R. Mondin	2 00
«Les derniers jours de Pékin», P. Loti	2 00
«Les fleurs du mal», Baudelaire	3 10
«Les géorgiques», Delille	5 00
«Les influences ancestrales», F. Le Dantec	3 40
«Les maximes», La Rochefoucauld	2 00
«Les mystères des couvents», Princesse de Torino	4 00
«Les sorcières de Salem», A. Miller	5 50
«Les trois règnes de la nature», Delille	5 00
«Le suaire de Turin», Abbé Turmel	1 50
«Le théâtre d'Ibsen», Lourlié	2 00
«Le tourment du passé», A. Breton	4 00
«Lettres inédites sur l'inquiétude moderne»	2 50
«L'évolution des idées», Ribot	3 00
«L'imagination», Delille	5 00
«L'incubation artificielle», G. Paulan	3 10
«Livre blanc sur les camps d'internement en Es- pagne»	4 50
«Livre blanc sur les camps d'internement en Grè- ce»	4 50
«L'Unité coopérative», Fournière	1 50
«Mandateli Lassu», Galleani	2 00
«Manuel d'économie», G. Delarache	3 00
«Manuel du Bâtiment»	4 00
«Marceline Desbordes», S. Zweig	1 20
«Mauvaise graine», M. Azuela	2 50
«Mécanique de la vie», Le Dantec	1 00
«Miettes de mon enfance», Rictor	1 00
«Miséricorde», Galdos	1 00
«Notre Dame de Paris» (2 vol. 2 50 x 2 00), Vic- tor Hugo	5 00
«Notre destinée et nos instincts»	5 25
«Ovres» (jours d'exil), Cœurderoy	9 00
«Pensées», Pascal	9 00
«Pour assurer la paix», Besnard	2 60
«Pour vaincre sans violence», B. de Ligt	1 50
«Prêtres et moines», Dubois	5 00
«Propos subversifs», Faure	5 00
«Qua's aux fleurs», Salvy	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)